Awasca

No. 16 ISSN 0120-0186

REVISTA DEL TALLER DE ESCRITORES AWASCA
UNIVERSIDAD DE NARIÑO

San Juan de Pasto - 2005

AWASCA

**REVISTA DEL TALLER DE ESCRITORES AWASCA,
ADSCRITO AL DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
DE LA UNIVERSIDAD DE NARIÑO**

Dirección
JORGE VERDUGO PONCE

Coordinación de la Revista
INTEGRANTES DEL TALLER

Monitora Taller Awasca
JANILETH C. RUIZ

Diseño y Diagramación:
Armando Montenegro G.

Impresión de la Revista
Graficolor-Pasto

Diseño Portada:
Juan Argoty

Integrantes del Taller
Adriana Alexandra Albornoz Solarte
Cinthya Rojas Hidalgo
Diana Isabel Molina Rodríguez
Liliana Burbano
María del Pilar Bolaños
David Jacobo Viveros Granja
Eduardo Alfredo Ortiz
Franco Alirio Ceballos Rosero
Giovanny Andrés Insuasty
Héctor Arturo Gómez M.
Jeison Bolaños
Pablo Felipe García Sánchez
Jhonatan Alexander España
Juan Martín Cedano Ricaurte
Juan Argoty
Martín H. Cárdenas T.

**Información
Revista "Awasca"
Universidad de Nariño
Departamento de Humanidades y Filosofía
Carrera 22 Número 18-55
Pasto – Nariño - Colombia
Teléfono 7235654**

Revista
AWASCA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO **No. 16**

Rector
Jairo Muñoz Hoyos

Vicerrector Académico
Hernán Cabrera Eraso

Vicerrector Administrativo
Vicente Parra Santacruz

Decano Facultad Ciencias Humanas
Jesús Alirio Bastidas

Jefe de Departamento de Humanidades y Filosofía
Héctor Rodríguez Rosales

Director Taller Awasca
Jorge Verdugo Ponce

Dirección de la Revista
Integrantes del Taller

Revista AWASCA
UDENAR
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
Carrera 22 Número 18-55
Pasto - Nariño
Teléfono 7235654

Sumario

NARRATIVA

Ejercicios en torno a la estética de la brevedad 9
JORGE VERDUGO PONCE

* 12
DAVID JACOBO VIVEROS GRANJA

De cartón desteñido 19
EDUARDO ALFREDO ORTIZ

El impío 20
EDUARDO ALFREDO ORTIZ

Entreactos profanos 22
JUAN MARTÍN CEDANO RICAURTE

Aviso 29
GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY

V 31
GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY

Yo soy la imagen en la televisión 33
GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY

El fantasma 35
JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO

Los olvidados 37
JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO

Sin título 40
JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO

Ilusiones 43
JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO

El duende del tiempo 50
MARÍA DEL PILAR BOLAÑOS

Forma y color 53
ALEJANDRA DUARTE LASSO

Cuerpos **54**
ALEJANDRA DUARTE LASSO

Ojos de murciélago en la noche **55**
FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

No más café **61**
FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

El adversario **62**
FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

Al final **63**
FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

Sin título **64**
FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

Ausencias **65**
JUAN ARGOTY

No queda tiempo para pensar **66**
CINTHYA ROJAS HIDALGO

Sin título **67**
LILIANA BURBANO

Elogio de la soledad **69**
HÉCTOR ARTURO GÓMEZ MÁRTINEZ

Catálogo de un irreverente **70**
HÉCTOR ARTURO GÓMEZ MARTÍNEZ

ENSAYO

La enseñanza desconstructiva y las competencias **75**
FREDDY PUENTES

Invitación a la desobediencia e inservidumbre voluntaria **79**
JAIRO RODRÍGUEZ ROSALES

La intrusa es el espejo **85**
ADRIANA ALEXANDRA ALBORNOZ

Nova tortius terrarum orbis **90**
PABLO FELIPE GARCÍA SÁNCHEZ

Despersonificación y desdoblamiento de Jorge Malabia en "Para una tumba sin nombre" **92**
DIANA ISABEL MOLINA RODRÍGUEZ

Narrativa

Ejercicios en torno a la estética de la brevedad

JORGE VERDUGO PONCE*

Se pretende, en lo que sigue, escribir algunos textos asociados con lecturas, de ahí su carácter literario, aunque entre ellos no media intención de sucesión alguna. Deberán, entonces, leerse como textos sueltos y lo único que los une será la intensión de adiestramiento, por eso son ejercicios de estilo, en torno a una difícil estética de la brevedad o de la concisión.

CARPE DIEM

El de Kürenberg -algunos le anteponen un "señor" que lo ennoblece- vivió hacia mediados del siglo XII y fue el primero de la estirpe de los Minnesinger. Cuando joven, huyendo de una morosa prisión, llegó a la Provenza cuyas canciones tienen el mismo sabor que la miel de sus abejas, y allí aprendió a tañer el laúd y a componer las palabras con medida, aunque su lengua nativa se resistía a la cadencia de los layes, letanías y sirventeses. Desde entonces vagabundeó por los caminos de Europa, haciendo de trovador con los señores y de juglar en las ferias del pueblo. Su canto resultaba áspero a los oídos de las damas que se enamoraban de un cantor sólo porque les gustaba su canción y fue más apreciado en las tahonas y entre gentes de tropa. Una misma traición le vedó el regreso a la patria y al amor que desdeñó su joven ambición. Pero como también la vida pasa con la fugacidad de un virelay, en su último invierno, acogido al refugio de una posada sitiada por la nieve, junto al fuego que apenas calentaba su mano y ya no llegaba hasta su corazón, recordando las vísperas de su partida, trazó el verso inicial de un poema que ha llegado hasta nosotros, aunque omite su nombre. El poema empieza así: "Estuve hasta bien entrada la noche en las almenas..."

* Coordinador del Taller de Escritores Awasca y Profesor Depto. Humanidades y Filosofía.

CONATUS INTELLIGENDI

"Y la traición tenía un claro nombre"

Juan Ramón Jiménez

El rabino Lew de Praga (1520-1609) dejó escrito que la sabiduría sin la palabra es un castigo, y que todo se encierra en el solo nombre de Dios, que nadie, todavía, ha pronunciado. Como mi santidad no alcanza para esta única indagación, mi ignorancia se mueve entre el azar de las infinitas combinaciones de letras y sonidos, buscando las oscuras resonancias de los significados. Porque algo me dice que la "rosa" es eterna y la "noche" constante, y en los rumores del viento hay mensajes que llegan hasta los sueños como una niebla sonámbula... Y concluyo (lechuza aficionada a los infolios), que las palabras son más fieles que las cosas.

CON GIORDANO BRUNO ENTRE LA NIEBLA

En el invierno de 1584, Giordano Bruno, proscrito en Inglaterra para evitar un primer proceso inquisitorial, escribía los tres diálogos -cada uno dividido en tres partes- que componen el libro *Expulsión de la bestia triunfante,* dedicado a su amigo el poeta Sydney. En la "epístola explicativa" que antepone, declara su intención de presentar en orden y concierto su filosofía moral. Años más tarde, ese libro hermético sería tomado como prueba de su culpabilidad en el segundo y dilatado proceso que lo llevó a la hoguera el 17 de febrero del año 1600.

Pero esto sería después. Ahora, en 1584, en la estancia mal alumbrada en la que escribe y tiembla de frío, se empeña en la conclusión de su tarea. La noche lo obliga a encender otro cirio en las brazas casi consumidas de la chimenea y vuelve con él hasta su mesa de trabajo. Tiene previsto el fin, pero lo atormenta la preocupación de lo mucho que falta por decir. Además, se ve en la necesidad de poner en clave su pensamiento y sabe que pocos lo entenderán más tarde, pero su mano traslada fluidamente al papel el pensamiento guardado en su mente, entrenada con los recursos de la "memoria artificial", desde los tiempos en que abandonó el convento dominicano. El tiempo pasa, pero Bruno no lo siente. Al filo de la media noche llega a su última página. Entonces despide al interlocutor ficticio y se queda solo. Su mano traza las dos últimas líneas:

"SAULIN: - Ahora yo me voy a cenar.

SOFIA. – Y yo a reanudar mis contemplaciones nocturnas."

MONTAIGNE Y LOS VIAJES

Se supone que Miguel de Montaigne -como todo estudioso que se recluye en una biblioteca- era un hombre sedentario. Esta suposición es errónea. En ciertas épocas de su vida viajó bastante: con frecuencia fue a Burdeos y Ruan; seis

veces viajó a París; en 1580 –ya aquejado del mal de piedra- recorrió el norte de Francia, Suiza, Italia y parte de Alemania. (En Ferrara visitó a Tasso en su lecho del hospital). Alternaba los períodos de reclusión reflexiva, con los de compulsión migratoria. El mismo indagó la causa: "Este placer de viajar comporta un testimonio de inquietud e irresolución". Y con sincera penetración agregó: "En el viajar me alienta el saber que puedo detenerme sin ningún interés, y el que tenga dónde divertirme cómodamente". No es, pues, el seudo-viajero que se desplaza por obligación o por convención, como el negociante y el turista, con horarios fijos, el tiempo medido y las jornadas previstas; quiere hacerlo como el vagabundo, por la necesidad misma del cambio, por ese impulso que lo lleva a otra parte y le impide permanecer en ninguna.

Pero también amaba el recogimiento de la biblioteca que se instaló en el tercer piso de una torre circular de su castillo, en la que deseaba pasar la mayor parte de sus días y la mayor parte de cada día. Esta incongruencia de su temperamento buscó resolución en una metáfora dudosa: la meditación es un viaje; un recorrido por esa geografía del alma, que también depara aventuras y encuentros peligrosos. La identificación no le fue satisfactoria por completo y de ahí la exigencia de que su estudio diera a una galería, porque "mi espíritu no anda, si las piernas no lo agitan". Ese espíritu agitado le impedía ser el plácido soñador que viaja en una mecedora.

Mas si de esas inquietas meditaciones nacieron los *Ensayos,* hay que leerlos como una especie de odisea, como el itinerario de regreso a esa Itaca original, sin la cual el yo y el mundo son dos instancias mutuamente ajenas.

FRANZ KAFKA EN EL BALCÓN

Franz Kafka, en las *Cartas a Milena,* suele emplear un procedimiento de gran eficacia poética: empieza por dirigirse a la Milena real, que está lejos, y acaba dirigiéndose a una Milena ficticia que está con él. Ejemplo: "El día es tan breve que entre usted y apenas dos o tres nimiedades se me termina enseguida. Difícilmente consigo un ratito para escribir a la verdadera Milena, ya que otra más verdadera aún estuvo aquí conmigo, todo el día, en la habitación, en el balcón, en las nubes".

Pero este procedimiento -que no era sólo un artificio retórico- le impone una duplicación de consecuencias desastrosas para él mismo y más todavía para las mujeres que lo amaron. Kafka se enamoraba de la "más verdadera" y se portaba hasta groseramente con la "verdadera" (Caso Felice Baumann). Las alejaba y las confundía, pues ninguna alcanzaba a comprender este amoroso distanciamiento que contradecía todos los impulsos de posesión, las apetencias de un amor normal. Y el mismo Kafka se condenaba a una pasión irreal, frustrada de antemano, propensa a convertirse en pesadilla, como aquellas que escribía en sus noches de insomnio, y que tenían la misma raíz que sus amores.

SOBRE LA PARTE ACUEA DEL MUNDO

(Melville)

Navegar, navegar, navegar por aguas quietas o agitadas, de claras luces tropicales o grises nórdicos, con frío de témpanos traicioneros; ballenas blancas persiguiendo a las barcas pescadoras y el capitán Ahab detrás de las ballenas disparando arpones vengativos. Tres años sin regresar a casa, la casa terrestre que es solo un breve intervalo entre dos viajes, un cambiar de barco y compañeros para volver al mar, otra vez, respirar la sal y vigilar las nubes tormentosas, la calma inquieta que precede a los huracanes.

LA LEY DE LA LEVEDAD

(M. Kundera)

A veces tenía la borrosa visión de un mundo regido, no por la ley de la gravedad, sino por la ley de la levedad. Era un mundo de espíritus angélicos, inmunes a la atracción de las caídas y de las tentaciones, pero inclinado a la dispersión y a la disolución.

*****

DAVID JACOBO VIVEROS GRANJA*

1.

Habían unos espejos que transmitían (o reflejaban) imágenes distintas a lo que se encontraba frente a ellos. Espejos y televisores: "espejovisores". Funcionaban con luz solar. Por dentro estarían los circuitos. Fabricación milenaria china. Los mapas indicaban muchas islas, menos la de los inmortales. En el camino se encontraron hombres con aletas gigantes en la espalda, naciendo de los omoplatos (como alas de ángel o demonio). Unos aviones volaban y lanzaban una lluvia de algo, una fumigación que los convirtió en monstruos. Debajo del agua estaban los hombres rana, nunca salían a la superficie, menos a tierra. Sólo unos dibujos en piedra demostraban su existencia. Tal vez ellos eran los guías a la isla. Tal

* Egresado Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

vez los señores con aletas en la espalda eran los hombres rana. Lo de las ciudades submarinas era verdad. Pero ¿dónde están los hijos del arco iris nacidos entre el iris del ojo y el arco de la oreja?

Después encontraron un árbol que derramaba gotas de sangre recibidas en una copa de plata sostenida en el piso. Recordaba esta imagen el gotear de un lavamanos mal cerrado o dañado alguno de sus empaques. Sonó un celular, tecnología precaria de la telepatía, los señores de esa montaña tenían implantado el sistema celular en su cabeza, pero cuando el clima se dañaba, oían voces e interferencias al punto de llevarlos al desespero, que ellos confundían con la locura (a veces es preferible que explote la cabeza). Les advirtieron no hacer expediciones en épocas como navidad, cuando los radares estaban más atentos al pensamiento de la gente.

Los sacerdotes vestidos de negro eran intermitencias, aparecían y desaparecían, y así se desplazaban. Pero eran los únicos guías para salir de ese bosque.

Del estiércol de algunos animales ya empiezan a crecer "sombrillitas", ellos llevan los peroles, ella prepara el agua de panela, todo debe estar caliente, el problema surgirá cuando tengan que arrancar una de las sombrillas, esos "enanitos" de gorro verde y barba blanca no existen, pero los guardianes – habitantes si son reales. Aquel insiste en viajar a un pedazo de charco, conocer la suciedad. Después se escabullirá entre las manchas y no volverá a este mundo. Unos señores de manto blanco aparecen en las grutas, por esa cruz roja impresa se pensaría en algún hospital ambulante. Pero ya tuvieron la misma equivocación cuando conocieron las cruces amarillas sobre esos vestidos negros que alguien perdió o robó. La única forma de salir de este mundo, es durmiendo o muriendo, piensa él mirando las nubes. Las fuerzas invisibles controlan esta cárcel.

Los hombres de piel roja miden dos metros de alto, son como torres vigilando, detrás de sus ojos hay cámaras. No se acercan al grupo, deben "conversar la pureza de su sangre", son dioses, ¿por qué querrían ser humanos?

Mientras tanto, una de las mujeres lee las fotocopias de un manuscrito que encontró en la biblioteca del vaticano, en el Monasterio del Tíbet también se puede ubicarlo. He ahí dos puntos que se encuentran. Podrían utilizar una máquina del tiempo para escapar, pero hay límites que impiden ir más allá de cierto punto, si alguien se ubicara en el punto ciego quizás no sería visto jamás. Por el momento, un aparato en la gigante hierba proyecta en el aire circunferencias que encierran otras más pequeñas y estas otras. Comienza la enseñanza sobre un tablero invisible, flotante. Es el instante para escapar pero algo los detiene, esa sospecha de sentir que pueden provenir de ese punto. Repitan con el guía la pronunciación correcta de su nombre, no pierdan la atención entre labios y oídos. Será mejor

dividirse en cuatro grupos, los de cabello rojo se irán por allá, aprenderán el juego (manejo) de manos para los discursos públicos. Los otros impondrán las manos el viernes santo. Busquen las más altas montañas. Ahí estarán seguros. Intenten escapar de sus cuerpos, yo no tengo la llave, sólo signos, mi mano está llena de pistas -de aterrizaje-, busquen la separación de los elementos. Pero cómo escapar a la gravedad, se preguntan los ahora discípulos -"díscolos"-. El interrogado, el maestro (que tiene la obligación de responder o quien todos creen que debe hacerlo) se rasca el cuello, por debajo del mentón, sonríe nerviosamente y toma un trago para llegar al fondo donde sólo se mira el color blanco. ¡Queremos ingresar! Gritan ellos, ¡queremos la iniciación! No hay forma de callar al "tumulto tumultuario" (L.D,G.), "no hay pruebas", explica torpemente un sacerdote de rango inferior, nadie le cree, hasta para ser oficial de la SS se exigían pruebas secretas. Si por lo menos permitieran salir, piensa alguien, y su pensamiento lo escucha un perro humano, lo castigan y al resto le entregan una flor, "para el viaje". Algunos irán por las cavernas subterráneas de América, en ese reino esperan llevarse sorpresas. El verdadero refugio es subterráneo. Los informes de las expediciones nazis al Tíbet están en el Departamento de Estado en Washington. Un incendio azul desaparecerá cualquier dato. Es por ello que otro grupo debe llegar a rescatar la totalidad de la información (no lo lograrán, los barcos de piedra se estancaron).

2.

Nietzsche traducido al quichua. Electrocución inmediata interna. El grupo de rock se reúne para producir temblores en ciertas regiones del planeta. Niños barbudos detrás de la iglesia realizan rituales de vudú. El susto lo sintió ella al caer en la piscina y convertirse en ave-pez. Los socios del templo nos sentamos en asientos de niños, ella se dejó ver, sauce llorón, cabellera de lágrimas. Si une sus manos se convertirá en tronco y ramas. Afuera humedad y lluvia, los moscardones aparecen como piedras regadas por todo lado, asi mismo los vendedores de sombrillas. Un ombre es una sombra, el nombre un número, no puedes salir del cuadro. Cuatro ríos limitan e impiden traspasar. Necesitas una contraseña (sólo una), te la dan, pero no puedes pronunciarla. Te la dicen pero tu lengua se traba. Terminó el tiempo. Horario de oficina. Regresaras mañana. Volver al mismo lugar pero no al mismo instante.

- Quiero asustarme.

- ¿Estás listo para un corto circuito?

- ¡Cómo puede el polvo de ladrillo ser tan poderoso!

Sonidos de instrumentos musicales en el altar.

- ¡Qué pasa!

- No puedo con ese ruido. Toda conciencia es alterada por esa música.

- Pero la corriente ya viene.

En ese instante se vio traduciendo al quichua unos libros.

Dentro, fuera y detrás de la iglesia tres seres cierran los ojos y todos duermen.

El que despierta trae en su mano derecha un árbol con forma de sombrilla, la sombrilla es una de las imágenes impresas en nuestra mente. Pero no hay lluvia ni calor. Se protege de la sombra. No parpadea, ello implicaría reiniciar todo nuevamente, puede estar en el mismo lugar pero no en el mismo instante. Es pequeño y barbado, rostro de niño. Una lágrima del ojo izquierdo equilibra el peso que sostiene su mano. Otro ojo se cierra y oscurece completamente, luego continua la historia detenida, continuación, no repetición.

Una vez al año el músico deja su agrupación y se reúne con otra, la tierra se abre al oír esos sonidos, como el ojo que despierta. Rupturas. Actos de rompimiento. Pero el árbol de los dos pájaros actúa como volumen y controla el tiempo que deben ser escuchados.

- Uno de esos pájaros no puede abandonar su rama, una ramificación conecta su cuerpo al árbol y se alimentan mutuamente.

- Sí – responde después de haber sentido ser electrocutado.

- Las raíces alimentan al ave, y esta alimenta al árbol con lo que ve.

Comida de imágenes. Ojos – boca.

La piscina empieza a llenarse. Ella se sumerge. En el aire es un pez, bajo el agua un pájaro submarino. Siempre en la esquina como guardiana la mujer – sauce llorón.

Al salir del lento líquido busca unas pastillas para poder dormir, los dolores de cabeza y las pesadillas trituran el sueño. Un miligramo de medicamento es suficiente. Las migajas de agua son pateadas al pie de un árbol de lágrimas.

- Entonces ella nada en la iglesia.

- Eso no importa. Al salir por la puerta trasera esos niños la raptarán.

- Nuestras voces se escuchaban distintas.

- Y algunas cosas cambian de tamaño cuando las pones en forma vertical.

- El reloj parece quieto.

*

La iglesia tenía en la parte superior una antena parabólica. Su encierro arrastraba fines televisivos. Pescar canales en el aire. Iniciación en las imágenes. El árbol tenía una conexión subterránea con la pantalla del sacerdote visual. Templo sin puertas abiertas. Hostias compuestas de pequeños puntos. Por mirar tan de cerca

esta realidad quedaron ciegos los socios del templo. Los objetos atraen polvo y luego lo escupen para fecundar de ceguera la visión.

- Estas gafas requieren de conexión.

- Si, una extensión nos ayudaría, y así podríamos ir hasta allá.

- El cable serviría como hilo para no perdernos.

- A no ser que se desconecte.

Todo se ha movido, únicamente el árbol es un punto fijo, especie de tapón sellado en un lavamanos. Remolino en potencia. Ombligo. Si alguien recibiera la claridad... pero las interferencias... caminar hasta el teléfono y advertir... iglesia vacía, debajo está la caverna.

"Por qué nos asusta el silencio", "Porque hay alguien detrás de él". "El que nunca habla y siempre observa está ahí". "Dónde es ahí". "En algún lugar". "Qué le impide traspasar su propio cuadro". Las leyes, pudo ser la respuesta.

*

- Si pudiéramos descifrar lo visible.

3.

Abrí la puerta. No puedo, no tengo el original de la llave... ¿y ella? Se durmió.

¡Se desmayó! O murió. La llave es una llave. ¡Yo tengo el original!, grita un señor del otro lado.

De qué nos sirve, cada quien tiene su llave, respondes.

(Esta última frase fue incomprendida)

Maquillándose las uñas mientras llegaba ella seguíamos hablando. Casi involuntariamente nuestros ojos miraban sus manos (Por un lado las palabras, por otro los ojos). Voces flotando. Ya no las escuchaba (sólo oía mi voz). Sus uñas. Pensaba en su nombre: *"Lina... "nail"* decía luego descubriendo algo, anagramando las cosas "Nailer: fabricante de clavos", se lee en algún diccionario algunos días después. Pero en ese momento "como adivino" había imaginado mientras ella "organizaba" sus manos, que diez clavos perforaban cada una de sus uñas, quedando martillada (o atrapada) a la mesa.[1]

- Mis uñas crecen y son transparentes como bolsas plásticas – dice ella.

- La estatua tiene en los pies uñas de vidrio – complementa el otro en un intento de diálogo.

---

1. Las uñas, de Borges: "El hacedor de uñas ... Borges El hacedor de uñas". Al perder las "láminas córnicas" de los ojos...

- Por aquí tengo unas agujas de oro -susurra ella buscando en su cartera-

Las iba a pegar a una fotografía de mi hijo pero... - se detiene en lo que va a decir, interrumpe la frase y recuerda que estamos esperando a una persona, "creo que ya no llegó ... nos dejó esperando".

"A Godot" dijo el otro casi sin ser escuchado.

Voy a drogarme un rato, les dije. Por aquello de que dormir es drogarse.

- ¡El viento entra por los pies!- grita él.

Qué frío, exclama ella con una sensibilidad en los dientes que se le nota. "El viento es del norte" menciona Hamlet en la televisión.

Iba perdiéndome y escuchaba que ellos se iban para otro cuarto. Otro lado.

- "¡Cuidad de que no os aplaste una estatua!" - grita a modo de burla y advertencia el portero en el primer piso con su espesísimo bigote nietzscheno.

Luego me "fui". Hasta que desperté en el suelo "encharcado". Agua "por todo lado". (¿Sólo por los lados?). Ellos salen de un cuarto riendo. Ella con la cara blanca. Él hablaba lento como si la lengua fuera una piedra para que las palabras tropezasen. Me tiraba escarabajos en la cara, algunos de juguete, otros de verdad. Seguían riendo hasta que ella empezó a alucinar, y él que la tenía abrazada fue empujado lejos, ella gritó que no le gustaba ser tocada. Sus manos temblaban, tartamudeaba ridículamente. Nosotros la miramos como un espectáculo que producía asco. "Sólo aguardábamos la calma", que cayera el piso. Que no empezara a ver animales que la "horrorizaran". Pero vio algo en el agua regada, en el charco(t) de agua...

Ahora vienen los dolores de estómago, me dijo él tapándose la boca, como si la conociera (pero si la conoció hace una hora y media aproximadamente). Ella alzó los ojos diciendo "te oí maldito" Nosotros nos hicimos los que no entendíamos. Después vomitó agua. Casi nada. Se sentó en el piso y nos echó la culpa de su brazo izquierdo: "no lo siento. Pueden patearlo si quieren".

Nos miramos de reojo. Él dijo que iba a llamar por teléfono, aunque no creo que se fue para evitar que siguiera esta mujer gritando. Los dos nos miramos como diciendo: "ahora, vos y yo".

El portero desde el primer piso gritaba: "¡muchachos, déjense dar un poco de luz! Lina tenía cara de saber lo que pensaba y lo mejor era irse para "ese otro lado".

- ¿También vas a hablar por teléfono? - preguntó con ironía.

- No, Yo tengo otros aparatos en la cabeza para hablar.

Desaparecí y él salía del baño: "de regreso a la luz", cuando pasó por mi oreja susurró: "parece que también se orinó en las piernas".

Y la enfermera no venía, nos prometió "un aborto ligero". Ella no aguantaba más la idea que llevaba adentro. Quería pensar en otras cosas. Timbró el teléfono, contesté, era "esa" persona que no llegaba y que esperábamos hace tanto. Me decía que había estado llamando desde el citófono y no contestábamos (¿sería esa cosa descolgada el citófono? me preguntaba). El portero abandonando su "tumba" golpeaba nuestra puerta y por alguna razón no se podía abrir. En el teléfono esta mujer seguía gritando, diciendo que no quisimos abrir y que ahora nos tocaba a nosotros ver lo que haríamos. Mientras seguían los golpes a la puerta "y las patadas". Por el ojo de la puerta veíamos al vigilante abrir un libro. Con cara de rendido gritó que cuando estuviésemos muertos y fuésemos huesos y tierra nos haría salir de las tumbas (como si la portería no fuera una tumba también).

- Esas son las consecuencias de leer traducciones comentadas del Corán – dije retirándome al sofá-cama.

Nuestra mujer se quejó de dolores de estómago. Él seguía intentando abrir la puerta.[2] Ella se tendió boca arriba y abrió las piernas. "Aún te faltan como cinco meses para que hagas eso "le dije, "cerralas". No abren, susurró él, mirando un montón de llaves.

2. Afuera los vecinos se agolpaban como genios escuchando a Mahoma pero Mahoma era una puerta.

De cartón desteñido

EDUARDO ALFREDO ORTIZ*

El monótono crujido de las gotas no le permitía plasmar la idea que lo trasnochaba, por eso decidió esperar; aunque terminadas las lluvias sabía que entraría el carnaval con su chillido de risas. Este año no tenía ánimo de divertir a nadie a costa de su hastío. Cuando cobrara valor para salir a la calle, diría que se cansó de los aplausos vacíos. A veces sólo quería pensar en la lluvia, pero justo ahora que ella no estaba tenía que llegar la fiesta con carcajadas fosforescentes.

El sereno consumía sus manos, en las pesadillas sus dedos arrancaban las líneas perfectas de una mujer que no reconocía porque el frío de sus labios lo despertaba. Las manos se adormecían en las ahuecadas noches y sólo dibujaban retratos muertos. A veces creía que ella ocupaba el lado izquierdo de su lecho; el pequeño espejo del taller aún tenía la pintura carmesí de las mejillas y las paredes guardaban el eco de sus olores. Hablaba largas horas con las sombras, guardaba silencio y volvía a hablarles al sentir las presencias en un ángulo del espejo.

Incapaz de combatir las gotas que rodaban por los ventanales; pensó que la única salida era meterse en la algarabía, supuso que alguna deuda pequeña tenía el carnaval con él. Con arcilla roja modeló el rostro de sus sueños, en la boca puso las voces que sólo los amantes son capaces de escuchar, fabricó las manos que tantas veces acariciaron las suyas y pintó el rostro con colores febriles, vivos. El fantasma llevaba el vestido y los ajuares oscurecidos para agonizar de una vez por todas en el desfile del día principal.

Cuando la carroza salió a la calle, los aprendices le advirtieron que el color desentonaba, pero él se hallaba ensimismado en la llovizna y les contestó que en carnaval todo se valía y el monumento siguió la ruta hasta encontrarse con la multitud.

---

* Integrante Taller de Escritores Awasca, Profesor Depto. de Humanidades y Filosofía.

El maestro era indiferente a los gritos de júbilo, le repugnaba el ridículo intento de la turba por abrazar la alegría, tomó de las manos a su simulacro de mujer y danzó un vals nupcial que fue aplaudido con frenesí. Mientras el cortejo ascendía, escudriñó las calles en busca de la mujer.

Encubierta por una hilera de gente la miró resguardada por un antifaz, con la boca acalorada en el vinotinto y el rojo de la tarde. Sintió desbaratarse, como sus esculturas de papel rotas que se desteñían por la lluvia. El arlequín gritó que no se acordaba de ella, que sólo tenía sus monigotes, que también era un hombre de papel. La muñeca se estaba desgastando en mitad de la calle, entonces corrió a besarle los labios despintados y lloró las tibias lágrimas de un amor que se extinguía a medida que el agua abrazaba los amantes de cartón.

El impío

EDUARDO ALFREDO ORTIZ*

Los lentos cirios mostraban las gotas de lluvia que se deslizaban en los barrotes. Inútilmente esperó que durmiera la noche. Buscó unos viejos escritos guardados con cautela entre los libros sagrados; le pareció que la composición gramatical no era digna y hasta dudó que hubiera tenido aptitud de escritor, ¿pero de qué otra forma podría haber engañado al tiempo? entre los rollos de papel encontró la figura de Teresa con piel de porcelana, labios perfectos y mirada vidriosa, perdida entre fragmentos de poemas y sueños grabados con la intención de interpretarlos al terminar de leer a Virgilio. La evocó recorriendo la casa vacía y se miró en el claustro mendigándole sus besos. En un relato, una capilla abandonada era cercada por el invierno, en la puerta principal estaban esculpidas batallas entre ángeles y demonios, los pisos y las paredes tenían baldosas de dos colores como un tablero de ajedrez, que terminaban en una flor de madera con grandes pétalos azules y blancos, del altar desnudo emergía la mujer y lo rodeaba con su mirada apagada; en otro sueño era un

* Integrante Taller de Escritores Awasca

mendigo que acechaba desde una esquina los sensuales pasos de Teresa que huían de un eterno domingo. El frío soñado lo martirizaba, sentía sabor a sangre en el estómago y se tranquilizaba al contemplar el rostro angelical de su señora. Al terminar de leer sintió orgullo de la vigilia y los sueños para su amante y durmió con la lluvia. Los cirios hacían visible la noche del encierro, donde él se diluía en las sombras alimentadas por un aire estancado, desde que el viejo Dios decidió inspirar las murallas.

A la hora de la visita Teresa se metía en silencio entre sus sábanas, sin despertarlo, le entregaba el calor que necesitaba para seguir soportando el ayuno y el encierro, la tomaba con fuerza y besaba cada milímetro de la fina piel de porcelana. Para disipar culpas bebía largos tragos del vino semiseco, del encanastado en damajuanas de remotas abadías, que a hurtadillas el centinela le llevaba para emborrachar sus lágrimas.

El llanto inconsolable atrajo al regente que con el silicio azotó al penitente hasta desgarrar su sotana, pero no logró sacarle el animal de las tentaciones ni derrotó al fantasma que gobernaba su cuerpo; ante las exigencias de confesión, el prisionero respondía con los versos de Virgilio "Arma virum cue, canum troyae quiprimus abore..." y se atrevía a cuestionar la autoridad con indignas preguntas ¿Putas te felicem esse? Y lanzaba las únicas palabras que lo hacían feliz "Teresa ora pro nobis, miserere nobis. Femina, sancta femina" El regente confiscó los libros y ordenó sacar del aposento la estatua de la bella y mística Santa Teresa de Jesús reformadora de la Orden del Carmelo, y en su lugar hizo poner la imagen del casto San Juan Eudes.

El juicio sumario del Santo Oficio fue ejemplar "Por violar flagrantemente las sacras disposiciones de la ascética y la mística se condena al presbítero Louis de la Rue Bosseau de la orden de los Euditas a recorrer atado al lomo de mula la provincia de Castilla la Vieja, mostrando votos de castidad, pobreza, obediencia y silencio y de vuelta a la ciudad de Avila será q..." en esta parte el documento caligráfico se torna ilegible, quizá por obra de hongos o polillas.

Los archivos coloniales no dan cuenta de lo que finalmente pasó, en vano he desbaratado anaqueles, he recorrido distantes monasterios, buscando leves indicios sobre la suerte del clérigo. Para no correr el riesgo que un lector simplista termine con el padre Louis en la hoguera, propongo este final:

Mientras el inconsolable amante recorría a lomo de mula los caminos de piedra, el demonio lo previno de su triste final y huyó en un barco negrero a las Indias Occidentales, al amparo de la manigua dicen que construyó una ermita ofrendada a una santa, allí se dedicó a rezar, beber vino, dar refugio a mulatas cimarronas y a monjes escapados de rígidas cofradías y fundó una aldea palenque cuyos descendientes tienen rostro negro con ojos azules y hablan una mixtura de Francés, Papua y Latín vulgar.

Entreactos profanos

JUAN MARTÍN CEDANO RICAURTE*

I

Micho y Lucía, así los presentaron. No vimos a la salida a nadie más, así, desde el adiós del taxi nos conformamos con saber que ya mañana nos volveríamos a ver. Y ahí era segurísimo, le pediría, por enésima vez, le devolviese ese códice empastado que nunca nos dejaba ver.

Ahora, ya casi nadie le conocía, es que con esa manía de cambiarle el nombre. Siempre, en el preciso instante, en que estrechaban las manos y terminaba él, con su clásico "encantado de conocerla". Y era, sólo, cuando se trataba de una de nosotras.

Después de cada función, conoceríamos a alguien con deseo de entrar al grupo, eso era seguro; así que celebrar con el Saxo de Fernando siempre era como la formula secreta para lanzar un nuevo actor.

II

Y lo otro importante era soñar con Claudia e invariablemente ir en la noche, tan sólo eso, porque a Lucía no se atrevería a tocarle un dedo, sencillamente porque no pensaba nunca en ella. Es que para él, no existía y punto. Así de fácil.

III

-¿Y esa mujer siempre canta así?

- ¿Cómo, con tanta entrega?

- Si y siempre canta, como cantándole a él, a Micho.

- ¿A Micho, cuál Micho?

---

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

IV

No habría otro directazo, el saxo suena otra vez y hay que celebrar al nuevo actor. Como siempre el vodka y todos rendidos a los pies de Venus. Tan sólo recuerdo que dijo, algo así, como que nunca había estado con un hombre de piernas velludas. Eso y otras líneas le aseguraron abundante amor.

V

Claudia seguiría cantándole *at infinitum* y él dejaría de soñarla.

Ahora, Lucía se colaba no sólo en su camerino para ensayar juntos todo, incluido su nobilísimo amor.

VI

- ¿De dónde le sacaste ese apodo?

- Cuál apodo, si él se llama así.

- Pero será en tus sueños porque yo lo llamo de otra forma.

- ¡Hay! Claudita yo creo que lo estás confundiendo con alguno de tus libretos favoritos.

VII

- Seguro Fercho, me cambió el sueño por completo.

- No, no te creo. Deliras por ella y nombras ahora a Lucía.

- No, seguro Fercho, segurísimo, presiento, ya, otra cosa.

VIII

- ¿Y qué, se te olvidó el repertorio, ya no andas cantando a toda hora?

- Cállate, hoy no quiero saber de nada, en absoluto. Vine por ver si Fernando trajo el saxo y nos da por divertirnos un buen rato. Todo el día he andado aburrida. No pegué el ojo en toda la noche.

- O, fue que no te dejó dormir la toalla anoche.

- No seas tan despistada. Ya no volví a dormir bien porque ya no sueño igual, añoro muchas cosas y todo es extraño. Me parece estar viendo y no sólo viendo, viviendo una obra del suspenso.

-¡Pero, que dramática!

IX

- Pues listo, si andas enamorado celebremos. Mañana es el estreno, podemos aprovechar el entremés. Además es el lanzamiento de Lucy ¿No te acordabas o, a lo mejor quieres hacer moñona?

- ¿No serás tú quien quiere hacerla, más bien? No te hagas el cuerdo. Y traes el saxo. Fercho, no lo puedes olvidar. ¡El libro, por favor, Por Alá! No se te puede quedar el libro y también recuerda, nadie lo puede ver. ¿O.K.?

- Pues lo del saxo lo veo difícil. Se lo presté esa noche a Claudia y lo dejó caer. Yo no me había dado cuenta hasta la otra noche, me dio por sacarlo y cuando vi, estaba inservible. La Clau si me dijo, que sí, que le había dado un golpecito sin culpa, pero eso fue todo un totazo. Se disculpó quejándose, que vos ya te habías acostado bien acompañado y que como la dejaste sola, no se dio, ni, cuenta a dónde fue a caer con todo y saxo.

X

-¡ Pilas actor*saxos*, pilas actor*zaxos*! Cinco minutos para comenzar.

- ¿Acaso qué hora es?

- ¡Seis cincuenta y cinco. Pilas actor*saxos*! Ya hicieron el tercer llamado.

XI

- Qué noche. Mis maestros, se lucieron. Con esa ya nos vamos para el *Interamericano*. Y vos Claudi, como siempre tan fantástica y ni qué decir de ti Lucita, Lucita hermosa. "La" tenías bien guardada ¿No? Que actrisota, mama mía. Todos, absolutamente todos, encantados por tus ojos. Y yo, que no pude traer el Saxo. Y no sé, cómo sucedió porque sólo seis de vodka aparecieron. Seguro vamos a quedar apenas ensayados, contaba con llegar a las siete. Como siempre.

XII

- Que trova ni que ocho cuartos. ¡Cómo hace de falta el saxo!

-Pero a mí, me dejan fresco, aquí amanezco, primera vez que ando, en una de estas, sin esa copia de amor tan retorcido. Sírveme otro, cuando estoy contento de nada me arrepiento.

XIII

- Y qué Ricardito, me quieres o no me quieres. Porque si me quieres regálame un limita, ya no puedo entrar por la puerta con tanto cuerno.

- Sígueme diciendo Micho, te suena la voz enamorada.

- Anda a decirle eso a tu Claudia que es la que te canta y te encanta.

- Tu fuiste quien entendió "Micho" y así te enamoraste.

- Nada de eso. Además Micho tiene las piernas velludas y tu no. No sé qué alquimia te tocó, porque ya no eres el mismo.

XIV

- ¿Qué Claudi, contenta con el premio?

- Claro, pero viste, ya son las siete y no llega Richard.

- Fresca que él viene, si no te escucha cantar no duerme.

- No Fercho lo digo por Lucita, anda como embrujadita.

- ¿Y vos no?

- Pues también ¿Pero a mi no se me nota tanto, cierto?

-¿Qué no? Pareces Perséfone recién salida de Eleusis.

- Ya casi.

XV

- ¿Cómo que Richard tiene las piernas velludas, de dónde sacas tanto chisme?

- No nos llamemos mentiras, bien sabes, más de una vez me he acostado con él.

- Sería con Micho, con quien te acostaste.

-¡Que engañada! Como si no supieras que es el mismo, que conmigo se cambió el nombre.

-Pues, las únicas piernas velludas que conozco en este grupo son las de Fernando.

- Ahora vas a salir con la ficción de que se las rasura.

- Te acostaste con Micho. Insisto.

- ¿Acaso la otra vez que nos viste besándonos no le armaste tremenda polvareda?

- Pero no por mí, sino por mi hermana.

- ¿Andas lunática, de qué estás hablando?

- Déjame, no me hagas caso, ya no sé ni lo que digo.

XVI

- ¿Y qué Fercho, nada del saxo?

- Nada y ahora sí estoy empezando a preocuparme.

- ¡Humm! Ya iba siendo hora. ¿No?

- Claro, presiento que a Claudia se le está "corriendo la teja" poco a poco.

- ¿Y qué me dices de Lucía? Mira, no he buscado que creas definitivamente en estas cosas. Pero cada día siento a esas dos, más raras. Aunque, a decir verdad no me veo igual y a ti, tampoco. Además, Claudia ya me paró, me dijo que me pusiera pilas con eso del nombre, que ese jueguito ya se está pasando. Y también me paró *tu* Lucita y ya, sabes bien por qué.

- Lucía ya está despabilando a Claudia. Y Claudia ya lo está tomando a pecho. Y sé que tú también no te sueltas como antes. Y Yo... Yo mejor, no digo más.

- Eso es obvio. Pero el lunes llegan *tus* nuevas actrices. O, ya no lo recuerda mi Merlín-ésco amigo.

- Porque me acuerdo me voy, ya, a ver si le pudieron hacer algo a ese cuerno de Pan, que ahora que lo veo, no tiene mucho guión en esta obra.

- Pero tiene. La cosa es que hagas algo ¡Por Alá y por todo su desierto! Porque, que yo que sepa, de fauno no tengo nada. Aunque, ya empiezo a dar saltitos. ¿Ves? Pero ríete, pareces acabado de salir del mejor filme de Murnau.

- No creas, todavía nada que salgo y lo mejor es que no veo por dónde.

XVII

- Ven rápido Micho, Claudia está encerrada en el baño. Dice que tiene mucho mareo, está vomitando hace un buen rato.

- Fresca, acompáñame y por lo que más quieras, ya no me digas más Micho, ya me está mareando a mí también.

- Claudia abre, por el alma de Cortázar, aquí está Ricardo.

- Déjame en paz Lucía y dile a ese pésimo aprendiz que se vaya, ya es bastante conque ni él mismo, sepa ya quién es.

XVIII

- Fercho, qué dices, desaparezcamos ese libro y nos olvidamos de todo este argumento.

- ¡Ah! Y ahora si vienes con eso, si tu fuiste el que insistió en probar que todo eso era cierto. Que no era nada malo. Que para eso desde siempre había existido. Y ahora que sabemos que no falla, el secreto está en perfeccionarlo. Además, por ello logramos tiquetes para el *Inter*. Y otras cosillas más. ¿Te repito todo el texto?

- ¡Ya! Es suficiente. De todo me acuerdo pero no me lo repitas más. ¡Por Alá y todo su reparto, nunca más me lo recuerdes! ¿Qué fue del saxo?

- Nada, posiblemente para el viernes.

- Por favor Fercho, ya ni al espejo me dan ganas de asomarme.

- ¿Por las patas o por los cuernos? Asistente de *Dionisio*

- ¡Ja! Tú si que montas buenas obras. ¿No maestro?

XIX

- Claudia, espérate, es en serio que necesito hablar con vos. No vas a colgar otra vez, por favor, necesito aclarar un par de cosas.

- No Lucita, por tu bien, dejémoslo ahí. No hay nada de qué hablar. Olvida ya, ese guión.

- No Clau ni por un instante y ahora menos que nos vamos de gira. ¿Te imaginas?

- No quiero pensarlo. La verdad, no creo que vaya porque de ir, no sé ni con quien voy.

- Pues debes saber que a mí me pasa igual y algo peor. Que no te haya contado nada es otra cosa, si supieras las que me han pasado. Pero fresca la cosa es hacer algo y pronto.

- La que puede estar fresca eres tu. Si te contara lo que a mí me está pasando empacarías y tirarías el reparto. Me lo encuentro en todas partes, charlamos y me doy cuenta de que ese no es su nombre y no sólo su nombre. De que ese no es el personaje con quien, yo, en realidad ando.

- Cállate Clau, a mí me pasa igual y no sólo con él, creo que Fernando no se escapa de esto. Tengo que mostrarte, hoy mismo, algo que apareció en mi casa el otro día. Para eso es que te llamo.

-¿Qué cosa es, dime?

- Pero me juras que no le vas a contar a nadie, ni a tu madre.

- Que no. Cuéntame, por Ionesco, qué tienes.

- Es como un libro. Escrito a mano.

XX

- ¿Ricardo qué hubo? Hablas con Fernando.

- ¿Qué Fercho? Aquí tratando de dormir pero nada, pegado al techo, pensando en lo de mañana. ¿Y tu qué, todo listo?

- ¡Pues Claro, que no! No encuentro el libro. Voltee la casa y no está por ninguna parte. ¿Vos no lo tienes cierto?

- No, ¿Cómo se te ocurre? Si lo tuviera, ya rato que hubiera hecho algo. Hace cuánto que andas con él. Acuérdate que la última vez, ibas con Lucía, lo llevabas y me saliste con la misma historia de siempre, que no lo habías desocupado. Y te dije que pilas y que no lo dejaras ver de nadie.

- Cierto. Cierto. Si, ya me acordé. Pero no lo encuentro. No está por ninguna parte. Y la cosa es hacerlo mañana. Es mañana o nunca. Tanto lidiar con ese saxo y ahora que ya está, falta lo más importante. ¿Y ahora qué hacemos? Esto se está saliendo de lo trágico. ¿Cómo la ves?

- Cruel. Pero bien que me llamaste porque ya el saxo es lo de menos. A la hora del montaje, se puede hacer con cualquier otro instrumento, el apunte es saber cómo. Y te dije ¿No? Acuérdate, que te dije, en estos trances la memoria es clave, re-clave. Por eso, es que esos ancianos, aparte de que ya no cuentan nada,

ni por todo el dinero del mundo, no les gusta que uno grabe. No aparece el diario y la selva no está a la vuelta de la esquina.

XXI

-¡Hola Richard!

-¡Hola Claudi!

-¡Hola Ricardito!

-¡Hola Lucía! ¡Humm por fin!

XXII

- ¡Hola Fer! Por nada, vas a preocuparte, ya recogí el correo y los itinerarios. ¿Qué dices, dejamos lo de la Embajada para el martes?

- Yo creo que si Claudi, el martes tenemos más tiempo.

- ¿Tú lo crees o lo cree Micho?

- ¿Qué, te chiflaste o fue que olvidaste tu libreto?

- No, la memoria a mí nunca me falla ¿Y a vos?

- ¿Qué os pasa, se te subió el vodka, sin siquiera destaparlo?

- No. ¿Imaginas esta noche cuando nos bebamos las siete que trajimos?

- ¿Trajimos? Eso me suena a tribu. Yo no traje nada y que sepa Ricardo tampoco. Además, hoy sólo vamos a cuadrar el nuevo horario para los ensayos.

- Ni te lo creas querido, no lo vamos a mover. Además, ya Richard dijo que en su apartamento.

XXIII

- Si me preguntaras, ahora, que si dudo de lo que escribió Artaud en su "México" te juraría que no, que ahora más que nunca, es cierto.

- ¡Por Alá y su séquito de almeas!, Lucita, ¿desde cuándo andas con Artaud entre tu bolsillo?

- Y no solo con Artaud. A mi parecer, las buenas obras nunca acaban, solamente, cambian de director.

-Al grano Lucy. Y deja esa parodia con la copa que todavía está muy temprano. No me sirvas más, ni a Fercho, que ya está bien traspapelado ¿Qué te traes?

- Qué no traje, dirás más bien.

- ¿Qué es eso?

- ¿Qué, no has visto nunca una flauta?

XXIV

- ¡Uff! ¿Qué buen ditirambo el de anoche, no?

- ¿Qué té pareció como tocó Lucía?

- ¿Lucía? Así sería lo que bebiste. Yo vi y oí a Claudia.

-¿Claudia? Acuérdate que ella se quedó dormida a tu lado antes de la séptima botella.

- ¿Amnesia? Yo dormí como siempre agarrado a mi retorcido amor. Aunque ahora que lo pienso estaba muy blandito. Pero igual, seguro que no fue Lucía.

- A Claudia nunca le he visto una flauta en sus manos.

- ¿No estarás pensando lo que estoy pensando?

- Todavía no, pero insisto también en otra cosa.

- ¿En qué? ¿ En que Claudia no tiene ojitos verdes?

- ¡Foo! Mejor no digas más. Todavía confío en el vodka.

- No te fíes tanto. ¿Nos vemos el lunes?

- A las siete. Como siempre.

Aviso

GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY*

La Universidad restauró el Teatro de la ciudad, lo rescató del desplome y ahora es el lugar preferido para el arte y la cultura, pero este favor no fue ninguno, porque este teatro jamás se iba a caer, su estructura interna la sostiene la más milenaria ingeniería egipcia. Eso lo supo el arquitecto restaurador, pero prefirió ocultarlo por intereses propios.

Al lado de este Teatro hay una casa vieja que está por caerse, a ese lugar fueron confinados los sacerdotes inmortales y para proteger sus identidades impidieron

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

caminar por la acera que circunda la casa, la que está abandonada, pero bajo de ella hay otra casa subterránea a la que se entra por una puerta de hierro que está en el patio de atrás.

Bajo este Teatro llamado Imperial hay un túnel, antiguamente era la puerta al intrincado juego de pasadizos que usaban los monjes para salir al exterior sin ser vistos, una salida llegaba a un parque que está a unas cuatro cuadras del Imperial, antes allí existía un potrero donde la gente jugaba fútbol, los monjes salían por una puerta falsa cubierta de hierba, después y con una clara intención de restringir la influencia clerical de la comunidad de los monjes, el gobierno construyó sobre este campo un hospital, un centro comercial llamado Bomboná y el parque, sobre la puerta falsa colocó una fuente que ya no funciona al parecer por una venganza de los monjes ejecutada sobre la tubería subterránea.

La última salida en ser cubierta, y la más importante, era la que existía en un sector de casas viejas construidas con patrocinio de los monjes sobre una finca llamada "La Compuerta" en el centro de la ciudad. De estas casas salían camuflados con ropas modernas hacia el banco, que aún está al lado, donde cambiaban oro por dinero y con este se compraban telas para sus túnicas que siempre eran de un blanco impecable.

El túnel que llega hasta este lugar, en un pacto misterioso con la constructora y el arquitecto, lo encubrieron como un río subterráneo cuando construyeron el banco con el fin de no levantar sospechas y para evitar que los curiosos se acercaran propiciaron una epidemia de tifo con cientos de ratas infectadas.

Sobre esas casas derribadas se construyó una plaza ya que a los monjes se les acabó el oro y no pudieron seguir financiando el lugar, pero el gobierno incrédulo de la importancia de los monjes pero en razón de su inocultable existencia, accedió a instalar cuatro periscopios gigantes en el centro de la plaza para que puedan de vez en cuando distraerse mirando la ciudad. Los monjes a regañadientes aceptaron pero poco a poco su encierro les ha mermado su interés en preservar la ciudad, potestad que la nueva administración municipal no cree que los monjes la posean.

Actualmente la única salida al mundo exterior que les queda es una pequeña puerta camuflada como pared en el último piso del Teatro Imperial, desde donde pueden ver algunas obras que allí se presentan, pero su olor a ropa vieja y lo descuidado de su aspecto con largas barbas negras y uñas que alcanzan varios metros ha provocado que se considere sellar la puerta y confinarlos para siempre en la casa que está a punto de caerse sobre la otra casa.

Cuando la puerta camuflada sea sellada, puerta por la que por un accidente en una noche de concierto entré a la casa y caminando por ella encontré la puerta de hierro abierta, estos hombres inmortales permitirán la explosión del volcán cercano a la ciudad y esta caerá.

V

GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY

Don touchmi fader.

Don touchmi fader.

Don touchmi fader.

Vos de anciana, canción de niña, que por los poros casi invisibles traspasaba las paredes de ese pequeño cuarto en Norteamérica. Y él, intentando sacar un dragón de comodo de su apartamento en la ciudad de Pasto.

Yo acá, escribiendo y escuchando música, descubriendo que aquellas palabras que escuché de niño se escriben de cierta manera y significan monstruos. ¿Y tú dragón de comodo qué significas?

Le había llegado escondido en una caja entre libros desde Australia, era tan pequeño que confió en poder controlarlo, pero poco a poco fue creciendo y quería comer más que simples mariposas que él sacaba de su boca, pedía al principio perros moribundos, luego se hizo más exigente y tenía que alimentarlo con lagartijas trepadoras, con cabritos de montañas altas, con peces rosados del Amazonas, con primas lejanas, con tíos desconocidos, con una hermana loca, con sobrinos despistados, llegó a servirle, tras un engaño a sus propios padres.

Las palabras se escriben así: Don´t touch me Father. Ahora lo sé. Cuando escuchaba eso, de niño, allá en Estados Unidos sentía que me asustaba pero no sabía porqué, talvez era por la voz de la anciana que lo repetía en el cuarto de al lado todas las noches.

Afortunadamente me regresaron para acá, pero ahora es dramático saber lo que significa, qué puedo decir sino "pobre anciana, que en paz descanse", ¡qué va! En qué paz va a descansar, lo ha de estar buscando en el infierno.

Cuando lo quiso matar ya era muy grande, era más grande que su papá, bueno, eso es normal porque lo tenía adentro, no dejó ni un huesito de los viejos, sólo

había en la alfombra manchas de múltiples colores, desde la ventana parecía una bandera, desde el comedor las manchas formaban otras banderas, todas la hizo el dragón de comodo, ahora se pasea por la cocina y raspa las ollas, esperando que caiga la última de sus víctimas, porque el dragón de comodo no mata inmediatamente, muerde y espera que sus gérmenes hagan de puñales. ¡Hay lo que es la terquedad! Como un día se enteró que su abuelo crió un dinosaurio, este hombre pensó que iba a poder criar correctamente al dragón y no pasaría lo de su ancestro, ¡que equivocado!, aunque duerma y no le haga caso, ese monstruo no se irá hasta que caiga quien ha de caer. Después se morderá a sí mismo como una serpiente, y su hijo recibirá en una caja un cocodrilo, todos esos monstruos son lo mismo.

Es buena esta música, me ayuda a alejar voces, es la música del descanso para ambos, a él le gusta dormir cuando escribo sobre ti:

¿Ya renunciaste a sacarlo?

Claro, ya no podías más, yo que siempre estuve conectada a ti sé por las que has pasado, por todos esos intentos frustrados.

¿Duele la pierna?

Yo quisiera que no camines más, pero en el fondo deseo que patees al dragón y lo mates.

Es difícil, niña.

Si ya sé que es muy difícil, ya lo has intentado antes, pero que más te queda, repítelo, dale una patada, grita para que no duerma, olvídalo y has una fiesta con tus amigos, trátalo como a un ratón que no sabes que está en tu apartacho, muérdelo tu también en su pata y pásale tu barbaridad.

Yo soy la imagen en la televisión

GIOVANNY ANDRÉS INSUASTY*

En las noches lo enciendo y ahí estoy, en la cocina, en la sala, en la alcoba.

En la tarde suelo mirar a otras imágenes, hoy, por ejemplo vi unos niños que se tiraban amarrados de los pies desde una torre en una isla de Oceanía para convertirse en hombres, al final el adulto más valiente se lanzaba de lo más alto y al caer todos los del pueblo lo sacaban en hombros felicitándolo por su hazaña.

Son tres cámaras las que instalé en esos lugares, se encienden desde las ocho de la mañana y se apagan a las nueve en la noche, a esa hora recojo lo grabado y lo veo en el tele.

A veces en mi cotidianidad reconozco rasgos narrativos de películas que alguna vez vi. Al principio y sin poderme olvidar del todo de las cámaras me gustaba creerme Un Hombre Espectáculo, un Trueman, luego me olvidé de la obviedad.

Ya he tenido problemas con esta palabra así que permítome saltar la malabrita para seguir mi historia, aunque ustedes podrían no leerla y hacer lo que sé hacer yo: mirar los videos de mi cotidianidad.

Decía que me olvidé de la existencia de las cámaras y comencé a actuar mi vida

Hace rato dije "mirar mis videos", ¿por qué lo hago? Bueno... yo..., un tal Robert Juarroz, la verdad que no sé quien es, lo leí en una revista, decía que "Pensar en un hombre se parece a salvarlo", tal vez lo que quiero es auto salvarme aunque no sé de qué, y digo que me pienso cuando me miro en la tele, ahí se diría que soy antiresistente como dice Sábato, la verdad no recuerdo si así lo dice pero es algo sobre lo malo de la tele.

Ahora me leo como habla un personaje de las películas de Woody Allen, algo así es lo que reconozco al verme en el video de las nueve.

---

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

Eso creo que es lo rescatable de mi experiencia, si es que se puede usar el "mi". Quisiera no hacerlo, por eso empecé quitando los espejos e instalando cámaras en su lugar, pero no puedo, y ahora menos así como estoy.

En este momento talvez se pregunten por la historia de este escrito, bueno..., la verdad no sé que sigue, espero que algo pase como en el video en el que escribía tranquilo y de repente, ¡tas! se cayó la escoba, cambió mi noche ese día, eso me salvaría.

En Cagliostro, Vicente Huidobro intenta una novela film, es como un guión.

Bueno, espero un hecho que me saque de este embrollo frente a ustedes que leen y no sé que escribir...

Parece que me alejo de la realidad, con este poco de palabras que no conducen a nada, ya me piensan menos, eso no me rescata del vacío.

Me parece el final de Amarcord de Passollini. Lo malo es que no sé porqué.

Si les cuento sobre mis videos podría servir, pero la verdad, es que son muy malos, todos son unos planos picados que terminan por aburrir, bueno, hay uno que podría ser bueno, es cuando finjo mi muerte por un ataque al corazón estando sentado en el escritorio, cuando lo vi esa noche creí que realmente moría y me asusté por no tener desde ese momento qué más ver en la tele, parecía muy real.

Bueno, por si alguna cosa los videos por ahora los tiene mi mamá, que está triste, tal vez algún día se los puedan alquilar, si quieren.

El fantasma

JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO*

"Seré el otro que sin saberlo soy"
Jorge Luis Borges

El cigarrillo dibuja la muerte y él también dibuja la muerte, convirtiendo a aquella pasión en la solitaria soledad de su aposento.

Todo se muere: la rosa, el amor, los humores, tu rostro, la vida, la ventana, la muerte; también esta palabra se muere, su lectura, su ruido; sólo queda un recurso: convertir a la muerte en pasión. Entre deseos y paredes, la silla crepita y ese es el único sonido que interrumpe el silencio; un hombre imagina fantasmas viviendo dentro del closet y sonríe sin darse cuenta ante el último vestigio de los miedos de la niñez.

El dibuja ventanas en todas partes, en los muros más altos y en los muros más bajos, en las paredes deformes, en los rincones, en el cielo y hasta en el piso y los techos; dibuja ventanas como si dibujara pájaros o montañas, en el día, en la noche, en las miradas y en los ojos de los fantasmas; habla de diversos ojos: ojos mortecinos e hinchados de noctámbulos, ojos falsos y ojerosos, ojos entornados casi expirantes entre los párpados enrojecidos por el llanto, ojos lagañosos por la enfermedad ... todos los ojos de los fantasmas he visto en torno mío –comentó alguna vez- y para él los fantasmas eran sólo ojos separados de todo, que se movían de aquí y allá, dentro y fuera del closet para mirarlo. Pero él seguía dibujando en los alrededores de la muerte, en las tumbas y los árboles; dibujaba ventanas en las puertas, pero nunca dibujó una puerta; no quería entrar ni salir de su aposento, sabía que no se podía, solamente quería ver: ver, porque también era un fantasma y dibujaba ventanas en todas partes.

---

* Integrante Taller de Escritores Awasca, estudiante Programa de Filosofía y Letras.

Cierta noche se acercó a la ventana que dibujó en una de las paredes de su morada, daba a la calle; aquella ventana le mostraba luces tenues que rompían la oscuridad, pero que no eran suficientes para advertir si los peatones siguen deambulando o si está sola también su mirada, palpablemente sorda allá afuera: ¿por qué le pasará tanto la vida a veces, si es un fantasma?

Se acerca más a la ventana, la abre y un par de gotas logran alcanzarlo, es sabido que la noche cálida augura lluvia. Ahora los árboles, los autos, las casas y la calle adquierrrren el brillo del agua, parece que todo estuviera plastificado o cristalizado; la quietud del paisaje es una certeza; sólo algunas hojas se atreven a moverse y el agua, claro.

Bajo la luz que chorrea una columna de alumbrado, una mujer llama su atención, llama su mirada, su mirada de fantasma. El cuerpo preparado para un salto, los brazos extendidos como si un cisne estuviera a punto de emprender el vuelo, las palmas hacia arriba como si no quisiera que se le escapase la lluvia. Lleva un vestido suave o eso adivina por el modo en que se le adhiere al cuerpo; no ve la expresión de la cara pero habrá una sonrisa húmeda y unos ojos llenos de ensueño. Y él que no puede apartar su ciega y fría mirada de lo único vivo de la calle. Esa imagen, esa mujer, forma una simbiosis con el agua y con él mismo que se pone bajo su piel sintiendo cada gota golpear y erizar su suavidad mientras resbala por el cuello y es absorbida y empapada en el escote. La recorre, porque él también es lluvia esta noche, él también la toca con la mirada y empapa su vestido.

La razón fantasma le grita que está loco, fantasma (fantasma loco), pero qué importa la cordura fantasmal si por primera vez la pasión puede adueñarse por un momento de la belleza, de la dibujada re-creación.

Y ahí, en medio del silencio de su aposento, los fantasmas salen con libertad del closet, mientras un hombre-fantasma mira cómo se desdobla y danza en el cuerpo de una mujer, bajo una noche mojada.

Un grito desgarra la noche y se silencia con la frenada violenta de un camión encendido hasta el techo con luces de una ciudad entera de neones, el aposento está mojado, el cuerpo aún está tibio, sus ojos recién comienzan a cerrarse; un manto negro se adueña de la última mirada desdibujada, los vestigios fantasmales renacen nuevamente en el closet...

Los olvidados

JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO*

"No entiendo como pudo suceder... Le juro que no pude anticiparme a nada", murmuró, distraído, un despeinado Franz al tiempo que hundía la cuchara en el pocillo humeante de café. Estaba tenso, pero eso era habitual en él. "Entiéndame, irrumpieron al atardecer y apenas me dieron tiempo de cubrirme la cabeza para evitar cualquier golpe", agregó, para luego clavar el verde pantano de sus ojos en un mosaico sucio de la acera; transponer con desesperación el ventanal tatuado de manos marcadas de aquel bar donde, abruptamente, me había citado de madrugada.

Un grito violento; una súplica torpe y sombría había interrumpido mi sueño horas antes. Derrumbado en la cama, apenas pude mover ligeramente el brazo para tomar la bocina del teléfono y contestar a ese distante lamento. Luego lo supe: en medio del caos, sólo una opción había cobrado vigor entre las tortuosas cavilaciones que turbaban a Franz: llamarme. Ahora, pese a mi ausencia de humor, nos encontrábamos frente a frente. Al contemplar los párpados hinchados de mi colega y el gesto desconcertado de sus cejas, comprendí a qué se había referido el músico con esas palabras...

"Pero ¿cuántos eran?", lo interrogué. Al instante, y para distender la agitación, procedí a quitarme el reloj de la muñeca. Obviamente, tal acción tenía un motivo: no podía, por aquellos instantes, sujetarme con esmero a ese súbito malestar que reproduce la impaciencia. "No sé", contestó, moviendo la cabeza de un lado a otro; como si buscara una excusa para desestimar toda respuesta.

"Llegaron, Herbert. Y en segundos el comedor de mi casa se transformó en una nebulosa polvorienta de muebles destrozados, libros incinerados en una fogata audaz, y fotografías viejas suspendidas en el aire; agitándose como buitres ira-

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

cundos sobre mi rostro", explicó, Franz, tembloroso. Esbocé una mueca de confusión; bebí en silencio un sorbo de café. "Esas fotografías...", reiteró con los ojos cerrados, casi para sí mismo. Mi colega respiraba con agitación impetuosa. Su vientre abultado -la vida de casado y, luego, divorciado te deja así, me explicó una vez- se elevaba a un ritmo vertiginoso; confundiéndose con el fuelle de un acordeón vencido por el maltrato. Descansé los codos sobre la mesa y actué por reflejo: le ofrecí un cigarrillo.

"Lo peor fue esa gota...", comentó, mientras tendía sobre el café servido, una sábana de humo gris. "¿Qué gota?", indagué. "La que brotaba del techo... Y golpeaba justo sobre mi frente mientras ellos se dedicaban a terminar con todo", respondió. Franz volvió a rodear el cigarrillo con sus labios y la brasa encendida dejó escapar un leve crepitar. En cada pitada, mi agitado acompañante parecía encontrar, tal vez, la forma de aspirar un fragmento de su impotencia para luego, descompuesto, expulsarla a modo de nube londinense.

"Continúe, por favor", lo alenté, dedicándole una sonrisa poco amable. Despreocupado por mi ceño fruncido, Franz se dejó caer sobre el respaldo de la silla. "¿Se imagina? Llego de mi trabajo, agotado, y cuando trato por fin de relajarme, una gota me cae justo entre los ojos", comentó. Encendí un cigarrillo. "Y luego otra, y otra... Hasta que pude verlos claramente; empujándose unos a otros", murmuró entre suspiros. "¿Por qué no se defendió?", lo increpé con fuerza; casi rogando por una actitud que él jamás tendría. "¿Qué podía hacer? Sólo quedarme quieto y contemplar como rompían todo con energía, casi con asco...", contestó. "Mucho en pocas palabras", medité, mientras se alzaba el silencio como un temible monarca antiguamente traicionado.

Todo es calma. Franz le hizo una seña al mozo y pidió otro café. El pobre hombre, ahorcado por un moño psicodélico digno de la década del setenta, que apenas se sostenía en pie dado el cansancio que genera una noche de idas y vueltas, asintió con la cabeza. "Tendría que haberlos visto, Herbert", insistió mi acompañante. "Tan seguros de su impunidad y tan confiados de mi cobardía...". "¿Usted cree que atinaron a mirarme aunque sea una vez?, continuó. "Para nada... Sólo se ocuparon de mis cosas; de borrar lo que he logrado con el esfuerzo de años", agregó, acomodándose el cuello de una camisa que, según mis cálculos optimistas, alguna vez había sido blanca.

"Tranquilo, esto puede sucederle a cualquiera...", traté de calmarlo. "Se equivoca", me interrumpió, con la mirada desorbitada. "A poca gente le ocurre; a las personas con escrúpulos: llegan imprevistamente y luego todo es volver a empezar...", agregó, con la garganta quebrada. Realmente, la situación excedía a toda mi capacidad de razonamiento. Franz continuó: "Y llegan sin hacer el más mínimo ruido ¿Me comprende?". Me mantuve callado. Una lágrima, súbita y hostil, quebrantó los pliegues de su mejilla arrugada y algo barbuda. "Actúan con celeridad: empuñan garrotes, manos y pies. Luego demuelen todo pero no

se llevan nada...", murmuró y se mordió el labio inferior. Inquieto, movió el mentón, respiró profundo y jugueteó con los sobres de azúcar que yacían muertos sobre la mesa: evitó el llanto. Enseguida, bebió a grandes sorbos su café. Traté de imitarlo, pero no pude más que bajar la vista y enredar los dedos en mi cabello siempre desordenado. A nuestro alrededor, el bar se asemejaba a una convención de ausentes: todas las mesas estaban vacías. "Nos están rodeando", de seguro eso me diría Franz si se lo preguntara... Afuera, mientras tanto, la madrugada se burlaba fríamente de la vida, y escurría su comedia adoptando la silueta de una llovizna cruel; que se adueñaba sin disimulo de toda calle virgen de pasos y serena de automóviles indiscretos.

"Siempre ocurre así", dije, retomando la conversación. "Mire, lo que usted es hoy, en este momento, no puede pertenecerle nunca a nadie; ellos lo saben. Sólo pueden acabar con aquello que ha nacido para suplantarlos", agregué. "Sí", asintió con un hilo de voz. "Sólo vienen a cobrar cuentas pendientes, Herbert. A dejar en claro que, pese a los intentos magistrales de la memoria, lo malo nunca muere, regresa; que es imposible dejar los errores y las cosas dolorosas atrás", explicó.

Comprendí en silencio. Tomé mi reloj. "Debo irme, Franz. Necesito dormir...", dije, poniéndome de pie. "Vuelva a su casa: usted ya ha pagado lo suyo; no le debe nada a nadie", concluí. "No lo crea", murmuró con la cabeza encorvada; resignado. "Aún la gota continúa desprendiéndose del techo. Habrá más...".

"Entiendo", contesté y traté de avanzar unos pasos. Su mano me interrumpió con fuerza. "No, usted no entiende nada", dijo. De pronto, parecía enfurecido. "Vine a decirle que ahora van por usted", agregó, casi a los gritos. De un tirón me libré de sus dedos desesperados -paranoico idiota, pensé- y caminé rumbo a la puerta. "Van por usted...", sentenció nuevamente Franz entre alaridos, mientras me alejaba de la mesa...

Crucé la ciudad aún somnolienta con el rostro desencajado. Una nausea inexplicable acarició mi estómago y me obligó a caminar sin detenerme. Dejé atrás el rostro perturbado de Franz aunque, pese a la caminata y el aire espeso del amanecer, no conseguí librarme de sus palabras. Medité sobre el clamor de los olvidados: no, yo no debía nada, me tranquilicé. Ellos nunca vendrían por mí. Aún así, y pese a ese furtivo sentimiento de paz, un relámpago imprevisto iluminó la fachada de varios edificios y, con ellos, un rincón abandonado de mi memoria. El sótano de lo reciente, en el cual se hunde el puñal de una sola locura, vuelo, mosca, en una luz quemante, hacia la enorme boca del remoto murciélago. Aterrado, precipité mis pasos, que luego se transformaron en una carrera atolondrada por avenidas apenas pobladas de bostezos y colectivos contaminando la mañana.

Finalmente, con la ropa empapada de llovizna y sudor, llegué a la puerta de mi casa. Vacilé. Luego, con mano temblorosa, tomé las llaves y giré la cerradura.

Al empujar la puerta, una gruta oscura me ofreció sus fauces de dos ambientes para que me perdiera en sus entrañas. Adelanté una pierna. Un segundo después, la otra. Una vez dentro, encendí la luz y elevé la mirada: ahí estaba. Durante mi ausencia, una mancha había crecido hasta casi dominar por completo el techo de mi departamento. Resignado, tomé una silla y me senté a esperar. Tenía que estar despierto, lúcido, para cuando la gota, sádica y despiadada, comenzara por fin a caer.

Sin título

JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO*

Puedo contemplarlo casi por completo. Inmediato, sutil; extraño a todo mi cuerpo. Aún así, adivino la embriaguez que respira la piel que lo recubre al precipitarse sobre mi rostro; como si intentara dejar, en cada pupila que se atreva a observarlo, una huella digna de su altivez.

Sin reconocer su aparición, culmino por admirar los límites de su flexibilidad. Placentero es percibir la serenidad ondulada que transmite su estirpe liberal; esa valiente osadía que no duda en burlarse del telón oscuro que lo rodea, que lo sitúa en el púlpito de un auditorio ateniense donde mis cavilaciones, atónitas, son el único público que celebra su representación trágica.

Desconcierto. En eso se transforma la expresión de todo rostro cuando lo que se presencia es la actuación de un gran pie. Apenas eso. Poco queda ya de aquellas sinfónicas que, dotadas de una legión de espíritus transformados en notas musicales, sedujeran a los hombres con piezas dionisíacas; capaces de trasladar y sumergir a cada cuerpo en aquellas arenas candentes donde el sol sólo significa esperanza. Ahora todo se ha vuelto un pie desnudo. Y en su destino de polvo y fatiga puede leerse, sin sospechas que interpretar, una piel que se asemeja a un cuarzo violeta recién tallado; la candidez de un cervatillo de pelaje espumoso y trote aventurero.

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

No me preocupa ahora el punto desde el cual mis ojos todo lo revelan. Menos aún que no logre vislumbrar a ese cuerpo que, de seguro, crece a partir de este tallo humano que ahora puedo percibir desde una lejanía indeterminada. Quizás estoy recostado, con mis extremidades en reposo, y esta es una hipótesis que trato de no descartar dado que, pese a los esfuerzos que hago por girar mi cabeza hacia un costado, lo único que alcanzo a visualizar no es más que la planta de esta figura viva, fundida en círculos uniformes que se asemejan al caparazón de un caracol.

Solo entre los animales, que desconfían de mi pie, empero dulce para ellos; solo entre las cosas, débiles, que recelan de mi mano, quisieran devorarla; solo ante mi vida esta extraña que no cesa de transcurrir; solo ante los ángeles, que no oyen más que a los héroes; la tormenta estival crece y crece en el vientre del río y el aire seguirá hundiéndose en mis pulmones. Mientras el pie se mantiene estático, suspendido en el aire, y exhibiendo sin pudor una sensualidad casi precoz; vanidosa de un puñado de falanges redondeadas, y del tenue morado que transmite un talón tal vez salvaje. El resto es oscuridad. La única luz posible, que simula brotar de mis ojos, no permite que otra silueta se atreva a quitarse el pudor de mostrarse desnuda con el fin de ser admirada.

En este instante de confusión, el tiempo se expresa como una abstracción negada en el olvido. Nada avanza y nada se detiene: el pie continúa inmóvil. Pero la comunión, como en tantas oportunidades, es efímera: otro objeto, atrevido, se asoma al haz anaranjado que proyectan mis párpados entreabiertos. Una llamarada aguda y lacerante se aproxima al pie desde el talón. Lentamente, sin apuro, se acerca. De inmediato, roza la piel. Luego, sin detenerse, comienza a ejercer presión sobre ella. Perturbado, apenas me permito sostener la mirada en tanto aguardo aquello que, intuyo, sucederá irremediablemente.

Puedo distinguirla: la llamarada es una gran astilla de madera. No exhibe la delicadeza torneada de la lanza, o la silueta endeble de la flecha: es grotesca, porosa, y decididamente áspera en su extensión. Por fin, la tímida pero persistente presión iniciada obtiene sus resultados: la gran astilla supera la resistencia de los poros y comienza a penetrar en la carne poco a poco. Estático, el pie apenas permite que algunas gotas de sangre broten de él. Mis pupilas observan como la piel del talón comienza a abultarse ante el ingreso decidido del estilete rugoso. Contemplan, espantadas, como el espíritu rústico y audaz de la madera penetra despacio, sin dejar de dañar la timidez de la piel. Así, lentamente, la irrupción en la carne se hace más y más profunda.

En segundos, la madera supera el punto medio del pie. Por momentos, su vértice amenaza con desgarrar los tejidos y escapar al exterior. Pero cuando este deterioro se presume inexorable, la membrana interior cede, y la astilla continúa con su rumbo original. Hostil, el grosor de la madera aumenta en tanto logra ingre-

sar en el cuerpo, y en ningún momento esta acción da muestras de intentar detenerse. La parte exterior de la astilla posee un ancho que la iguala al grosor del talón atacado. Nadie la empuña o dirige.

Finalmente, la astilla se aloja por completo dentro de la planta del pie inerte. Las formas se perciben rígidas, y el talón apenas guarda una pequeña marca de aquella herida que diera cuenta de la reciente incursión desesperada de la madera. La ceremonia amenaza con culminar...

Cuando ya todo fue quietud, mis ojos cobraron una nitidez casi intolerable, y pude ver al cuerpo de manera absoluta. Sorprendido, comprobé que, tal como sucediera con el pie, numerosas astillas lo habían penetrado desde distintos lugares. En profundo color rubí, infinitas marcas en la espalda, las costillas, hombros y mejillas daban cuenta, de manera casi imperceptible, de los diferentes ataques sufridos por la carne serena. Abrumado, comprobé que todo lo visto no había sido más que el comienzo. El origen de todo lo que luego sucedería: desesperada, violenta, poética y enamorada del cuerpo, la lucha menos pensada había comenzado. Y la naturaleza parecía ser la única emperatriz a cargo de la fuerza dominante; la amazona que orientaba este intento rebelde de los elementos por no perecer. Fuerzas que interpretan al cuerpo humano, a la carne, como el último refugio posible para aquellos que llevan en sus nombres las iniciales del adiós. Así, el rito concluía reducido a un grito mudo, expulsado por aquellos que no desean culminar en la voluntad de una nada incierta.

Cuando por fin desperté, temblando entre mis sábanas y con el rostro bañado en sudor, corrí desesperadamente hasta el baño para luego, rígido, contemplarme desnudo frente al espejo. Pero ya era demasiado tarde: la rebelión de los árboles había comenzado.

Ilusiones

JONATHAN ALEXANDER ESPAÑA ERASO*

"Que tristes las armas que no son palabras"
Miguel Hernández

Las miradas, sus miradas son como barcos estrellados en el iceberg de la nada, abogando por mirarse en el espejo roto de sus almas, que se envuelven en un cosmos móvil eternamente errante en el inmenso mar del olvido, del primigenio impulso abandonado. Las mariposas que revolotean a su alrededor, negras, frenéticas, que en cada aleteo simulan desvanecerse en la brisa que, impregnada de tiempo inconstante, además de humo y polvo, hostiga -tímida aunque persistente- al uniforme camino adoquinado que delimita la estrechez de la calle. Amanece. Rojizo, por momentos azulado, los jirones de nubes se tiñen de rosa sobre el horizonte montañoso, mientras el firmamento indeciso apenas parece rememorar aquellas pesadillas que, en días y noches anteriores, lo desgarraran con bengalas violentas y nubarrones oscuros. Sin furia pero con reserva; silenciado en lamentos aunque doblegado por el resentimiento; ausente de lágrimas pero asfixiado en un llanto incesante, en círculos solemnes, drama en fulgores, llegan los crepúsculos y con lenta majestad se dilatan, pero amanece y las miradas abarcan lo más próximo.

"Es buena señal, Ernesto. Parece que ya todo ha terminado" murmuró Leopoldo, al tiempo que escrutaba el cielo vacilante y deslizaba su mano -desprovista de un dedo y de todo gesto benévolo- dentro del bolsillo derecho de su chaqueta teñida de barro, para extraer un arrugado cigarrillo. Pero Ernesto no le presta atención. Se mantiene, petrificado y estático, con el ojo incrustado en la mira certera de su fusil, y envuelto en un silencio que, al cobijo de una rutina casi imperceptible, sólo transmite resignación y cansancio.

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

Distintos en sus cavilaciones, optimista uno y alerta el otro, ambos tiemblan. Mezclados con el lodo, bañados por una laguna de agua fría que envejece sus extremidades; que consume las botas y simula pintar a cada dedo del pie, a cada falange, primero de puro ocre para luego mudar al esmeralda y finalmente adoptar el violáceo de los atardeceres; los dos hombres temen. Y su temor es resistencia; una fantasía que los encuentra atrincherados en una fosa de tierra maloliente, unidos por una espera que pronto sumará siete indiferentes días, en los cuales escucharon los chirridos repentinos de la desgracia, en un viento de furia sin máscara que golpeaba sobre una marchita ciudad y expoliaba lo virgen que aún podía haber en ella; y allí, allí, en medio del oscuro caos se advierten los rostros de maniquíes furiosos, el engaño de almas, y algunos y todos comprobaron estar rígidos como viejos ajusticiados con licencia de mundo para recoger las sábanas grises de los recuerdos de la fugaz enfermedad que había sido la guerra.

Las órdenes recibidas habían sido claras: prohibido hacer fuego al inerte vacío, mucho menos avanzar unos pasos en pos de un plato de comida que no huela a conservas enlatadas. Tampoco fumar durante la noche o entablar algún tipo de conversación con quien se asome al lugar, aún cuando se trate de compañeros del mismo batallón. Pero, entre tantas recomendaciones, existía una que jamás podía ser incumplida: barrer con fuego incesante a toda figura que se mueva, sospechosamente, frente a la posición de los soldados, ya que disparar, era la única forma de descargar el peso de una venganza hecha rigidez (de una impotencia convertida en vértigo). Sin otorgarle relevancia a cuestiones como la edad, el sexo o el origen, la disposición debía ser cumplida. Para ello, sólo era necesario mantener el gatillo apretado, hasta vaciar el pesado cargador. En un principio, tal acción parecía fácil, pero las horas morían consumidas por el aburrimiento, y así poco a poco comenzaron a escasear aquellos sexos o edades que antes desfilaran generosamente ante el cañón de los fusiles. Y ya no hubo necesidad de convertir a todo individuo, a todo contrincante, en un rompecabezas de fragmentos confusos e incompatibles a fuerza de granadas oxidadas. El mortero se deshizo en un letargo de cartuchos sin disparar y las ratas, repugnadas de tanta carne dulce y lívida, se dispersaron por los campos a la espera de nuevas víctimas que les permitiesen variar su acostumbrado menú.

Una semana y todo parece haber concluido. Lejano se distingue en la memoria el recuerdo de aquella corrida desesperada a través de los pesados arenales. Las armas olvidadas, el superior herido en su rodilla y las orejas cortadas de aquel primer enemigo que Ernesto acribillara, se desdibujan fantasmagóricamente ahora en la repulsiva fosa compartida. Ya no estremece los músculos el dentado corroer del sudor al introducirse, cruelmente, en cada herida abierta, porque los recuerdos brotan como árboles con raíces enredadas en el cielo de una desilusión imperecedera.

Casi sin alimentos, y con la necesidad de recurrir a estimulantes para evadir el sueño y la depresión, con la barba y el sudor curtiendo la piel de un rostro

maquillado por la sangre ya coagulada, el arribo al territorio perdido se asemejó a un inmemorial nacimiento, ya que Ernesto acompañado de su tropa y centenares de soldados aliados, irrumpieron furibundamente ante la anómala resistencia del enemigo que había sitiado una destruida ciudad. Pero, de pronto, una voz autoritaria de general vuelve a ordenar, desde la penumbra de la remembranza: "¡cuerpo a tierra¡". La ofensiva no se ha detenido. Luego, desenvainar cuchillos y cargar a pura bayoneta. El fuego y la evocación de esas cenizas que le sucedieron. Por fin, el presente. Y un soldado, Ernesto, conmovido por el recuerdo, hundido en el barro de su pozo de vigía, y regalándole caricias al seguro de su arma. Aunque ya no existan uniformados a los cuales saludar con un disparo en la sien.

En la ofensiva de la tropa todos anhelaban lo mismo: aquietar de algún modo a la multitud de frenéticos enemigos danzantes, y acallar a cada boca de fuego, a cada gemido suplicante de todo lisiado indefenso, hasta poner fin a la sangrienta celebración. Y las balas se deslizan, los proyectiles de artillería intercambian opiniones, y los brazos son separados de todo cuerpo, las piernas arrancadas, y los cuellos desprolijamente cercenados: la sangre es un líquido tan escaso y único como el agua o el semen. Y hay que explotarlo; extraerlo al máximo cuando las condiciones aseguran una cosecha venturosa: siempre es necesario regar la tierra, pintar baldosas y paredes, y otorgarle al mundo un matiz uniforme.

Así, aquello que separan la geografía, el libre albedrío y los antecedentes culturales, lo une el contenido de venas y arterias; lo fusiona y degrada el sabor amargo del vino caliente que recorre cada cuerpo. Y es en ese coito violento que nacen y mueren las historias, y tras dicho ritual sólo perdura al desnudo un instante único e irrepetible: el presente. Y eso es lo que queda de la ciudad en este momento: el ahora. Por eso, tras una semana de brutalidades rebeldes puestas a ultrajar los rincones de un paisaje, sólo vale este amanecer incierto, en una urbe vestida de escombros y sujeta al mandato de un pequeño grupo de fantasmas en cautiverio. Un comienzo que reúne a dos hombres tediosos de tanta lucha, desconocidos entre sí, pero hermanados por esa conmovedora alianza que surge ante la imperiosa necesidad de sobrevivir. Leopoldo, una mentira hecha patriota, y junto a él, absorto y siempre apuntando, Ernesto; quien aún se muestra petrificado tras numerosos días de mascar con asco un suculento puñado de lombrices como almuerzo, y dormir sobresaltado al abrigo de sus propios excrementos. Apuntando al inmóvil vacío recuerda en una continua mutación de imágenes y recuerdos, haber fusilado sin piedad, dos días antes, a su propio tío por un supuesto trabajo de inteligencia a favor de la tropa enemiga. Ese tío que alguna vez lo salvara de las cotidianas palizas que solía propinarle su padre; que le enseñara las primeras letras y las formas de cortejar a las más predilectas ninfas del inquieto mar terrenal.

Ernesto, el mismo que durante el fragor de la batalla se viera obligado a arrastrarse, cobardemente, por el jardín trasero de la que fuera su casa. El soldado enemigo que dinamitara, entre carcajadas y apuestas, uno de los arcos de la Catedral de la ciudad; el mismo lugar donde jugara a las escondidas durante su niñez o comprendiera, tras presenciar el casamiento de aquella prostituta que lo iniciara en las bondades del sexo, que la blancura de la novia lejos está de ser un testimonio fiel de pureza e integridad. Y a su lado, Leopoldo, el torpe principiante que borrara a ráfagas de plomo el jovial perfume a magnolias que el jardín principal de la ciudad solía regalar a todo apasionado visitante.

Esta era la ciudad de los dos soldados. En eso se ha convertido tras siete días de combate: un amanecer que nace, pero siempre sumergido en la ciénaga impiadosa del pasado. Pero los enemigos se habían encargado de fustigar a tanto honor y pujanza, y los propios aliados completaron ingenuamente esa desolación iniciada por los enemigos. Entre enfrentamientos aislados o masivos, pero siempre encarnizados, entre las minas diseminadas sin planificación alguna o el martillar de los cañones, todo se había desmoronado. Todo testamento había sido borrado a manos del carnicero imperio de la codicia.

"Hey, Ernesto, aún estamos a tiempo de volar en pedazos a esa asquerosa universidad" comentó Leopoldo, mientras repasaba sus dientes sucios con la punta de la lengua. "Ese montículo de mentiras caerá con facilidad" agregó, al tiempo que apagaba otro arrugado cigarrillo en el charco que mojaba sus pies. Pero Ernesto sostiene su inquebrantable mudez, deseoso de que la quietud de la guardia se rompiese, de una vez, para aliviarlo de tanta cavilación incómoda. Crudo y bestial, el paisaje amenazaba devorarlo...

Ernesto sostenía el estandarte de la revancha pese a que en su contienda personal ya todo fuese derrota. Y era ese inmutable fracaso aquello que lo impulsaba a no soltar su fusil y correr hacia el final de esa avenida para asumir, por fin, los riesgos de tanta innecesaria libertad. Ausente, repasó el horizonte con la mira de su arma, y sepultó en el olvido a su parlanchín compañero. Apenas se permitió un ligero suspiro al contemplar la incolora degradación que se desplegaba a todo su alrededor. En un lugar que alguna vez fuera suyo. En una ciudad ahora vacía de caminantes que pueblen sus calles estrechas, o dormiten al resguardo de los opulentos palacios que antes dominaran el sector más rico de la ciudad.

Ernesto revisó con precaución sus municiones, y su ojo rapaz se transformó nuevamente en fotografía y vivencia. Y de pronto se halló abandonando la adolescencia, hurgando en su habitación de pisos de ladrillo hasta dar con la vieja radio que su madre le regalara al cumplir la mayoría de edad. El pesado aparato finalmente aparece, y el joven de incipiente bigote lo enciende con temor, para comprobar luego como el silencio resuena gravemente en el aire: es su padre que vuelve del puerto, con un saco repleto de pescados casi putrefactos para disfrutar

como cena. Al mismo tiempo, desde la cocina, su madre le recuerda que hoy es el día ideal para ir de visita a ese museo por demás conocido. "La sensibilidad es lo que te hace hombre, hijo" le habría dicho esa mujer de arrugas profundas y manos ásperas. Pero el consejo era falso, y siempre lo sería.

"El golpe potente y sin respirar; el cuchillo veloz y las contorsiones bajo un alambre de púas te convierten en lo que, en este instante, reconozco a mi alrededor: individuos, formas anónimas a las que nunca hay que nombrar", reflexionó Ernesto. Y esa era la más absoluta verdad. Desprovista de todo atisbo de fantasía, sólo la venganza endurece las piernas y vuelve incansables a manos y espaldas. Sólo el sigilo y la celeridad de la serpiente despejan el pensamiento, y regulan la respiración de tal forma que todo ataque siempre se manifieste en el momento oportuno. Y así se depreda al otro, se lo bloquea y extingue. Se lo ultraja, mutila y aplasta como al quebradizo caparazón de un caracol. Esto permite soportar todo padecimiento posible, e incluso disfrutar de la compañía de seres nauseabundos y primitivos como Leopoldo. Se tiene el valor y la cobardía para destrozar en mil esquirlas a cada ventanal de la que fuera tu escuela, degollar a tu perro con una botella de vidrio para evitar que te delate en plena embestida nocturna, o violar, una y mil veces, a esa jovencita que, durante la pubertad, jamás se percatara de tu enamorada existencia. "Eso es lo que verdaderamente te hace hombre" concluyó, retocándose la frente con el puño de su chaqueta, un intranquilo Ernesto.

Imprevistamente, un relámpago le arrebató al sol su incipiente predominio. Todo sucede allí, en la perpetua ciudad recientemente reconquistada. Y sucede sin importar que toda la ciudad se asemeje más a un cementerio saqueado que a una postal de esos países esplendorosos. Porque la recuperación de la ciudad fue eso: una lucha que se extendió cuadra por cuadra; que se libró en cada paseo y azotea, en cada comercio e iglesia. La recuperación se mostraba como algo mucho más ambicioso que un constante intercambio de disparos y explosiones: era la posibilidad de hacer desvanecer a esos años perdidos en el anonimato que suele distinguir, sin sobresaltos, a toda ciudad dividida en ricos y pobres, dominantes y dominados; revertir el control del poder y desnivelar la desigualdad siempre vigente. Aniquilar esos atardeceres oscurecidos por una abundancia perpetuamente ajena; la envidia encubierta, y los consejos conformistas dictados por una madre temerosa; castradora de todo sueño alejado de la obvia precariedad. Pero ahora todo era devastación y, con ello, la posibilidad de sembrar flores propias donde antes creciera la maleza espinosa de la represión personal. La opción de crear y no recrear; de enterrar en una fosa común a un siniestro ayer para edificar, despojados de escrúpulos o prejuicios, un confortable mañana.

"Ahí enfrente construiré mi nueva casa. Justo en el terreno que antes ocuparan esos infelices que fusilamos ayer" comentó Leopoldo, mientras pulía, entremezclando dedos y saliva, los ribetes de su pistola. Y luego extendió el brazo, para

señalar a una pila de cuerpos amarillentos que yacían - totalmente desprovistos de ropa, cabello y dignidad- en la vereda opuesta a la fosa. "Al menos tenemos la orden de fuego libre, y eso hace las cosas menos aburridas", continuó Leopoldo. "Menos aburridas", pensó Ernesto, y realizó un ligero ademán tras largas horas de completa y absorta inmovilidad. Lentamente, apoyó el caño de su arma en el borde oscuro de la zanja. Aún así, no perdió por completo su postura de tirador preparado. Luego giró con suavidad su cuello, y se encontró con los ojos de un Leopoldo sonriente y despeinado. Ya no había superiores que respetar ni posturas artificiales que mantener. Lo único que se podía hacer era esperar. Sereno, Ernesto volvió la mirada a la lejanía, y nuevamente encerró su ojo en la fría circunferencia que ofrecía la mira del fusil.

"En un año seré el propietario de todo este lado de la ciudad", musitó Leopoldo, al contemplar el tedio de su compañero. "La gente vivirá a mi modo, y nada se decidirá sin que yo lo sepa antes", completó el soldado. Pero Ernesto evitó reflexionar sobre lo inmediato, por el contrario, meditó respecto a un futuro extenso y a largo plazo. Incursionó en su seguro porvenir de fantasma vacío de memoria; de espectro ausente y nostálgico de un tiempo ya definitivamente extinto. Ciudadano de avenidas siempre ajenas, y reducido a la mísera compasión de los demás. De los nuevos. En esa, una ciudad reconquistada para ser perdida para siempre. Un espacio que jamás volvería a pertenecerle sino en tormentos nocturnos y botellas de whisky barato; mientras corre contra el tiempo la carrera que al fin el tiempo ganara, empleados de cada infierno, viejos obreros de la ira, pobres mujeres, vacíos para siempre de milagros, como caen de inútiles y obscenos junto a ellos sus olores solitarios; se anulan paisajes que jamás otra vez nadie verá, y se está tan cerca y se odia por causas inciertas, por seres humanos, como uno que ve, solo, y habla, habla, porque la razón no basta, porque la pasión tampoco basta, porque únicamente basta una serena disposición de muerte, pero tampoco basta.

El tembloroso soldado caviló sobre lo despojado de su destino, y no pudo evitar examinar de reojo al soberbio Leopoldo. Percibió en él una seguridad y una convicción que remitían a un sentimiento de victoria insoportable y voraz. Una altivez que en absoluto permitiría el necesario comienzo, y que mantendría al futuro asfixiado a través de recuerdos absurdos y vestigios de una guerra sin sentido. Y tras esa súbita revelación, el tirador comprendió el sentido de tanto fuego y muerte, y comprobó que, una vez finalizado el combate, son realmente los muertos, esos cadáveres tibios y desintegrados, los humanos que verdaderamente sobreviven. Que los cuerpos aún de pie sólo representan una mentira cuyo fin es el de rememorar, en sus extremidades y pensamientos, la estupidez irracional que habla de vencedores y vencidos, cuando en realidad todo no ha sido más que una pelea entre embusteros y farsantes.

Ernesto, desde su puesto de militar obediente, no ha sido más que otro embaucador fascinado ante la posibilidad de, por momentos, jugar a la verdad al igual

que su compañero. Por eso, hastiado de tanto espejismo, no lo pensó otra vez: giró bruscamente y apretó con fuerza el gatillo de su fusil. Y la mañana se transformó en un árbol carcomido en inevitable caída ruidosa, desgajándose al rozar el techo de una vivienda; fue un soldado distraído, vanidoso de su infortunio, desparramándose sobre una laguna siempre helada y marrón, con un agujero en el pecho y una mano desprovista de un dedo. Ernesto entreabrió los ojos, y volvió a fijar la mira de su arma en dirección al horizonte de la calle. Pero no había enemigos ni soldados conocidos y menos aún fantasmas a los cuales dispararle.

Finalmente, agotado, se recostó torpemente sobre la pared deforme de la trinchera, y dejó que su nuca se hundiese en el barro. Apoyó en el suelo la culata del fusil, y nuevamente vio a su silueta infantil corretear por veredas estrechas, tratando de ganar los astilleros antes de que el sol de la tarde por fin celebrara una ilusión de despedida. Aromas y sonidos combinándose en un instante único, bajo el suelo del camino adoquinado y los techos de madera pintados de verde, mientras brotan imágenes fugaces, a veces bellas pero siempre convincentes, la algazara de la palabra denunciando el fracaso de una raza que pudo ser y sólo atina a explicarse, manantiales de sangre en donde los hombres lavan sus manos en busca de la inocencia, lugares sucios y umbríos donde contamos el oro de los amantes: tal la caverna. El destino es el monstruo de ojo único que afuera vigila y sin boca ríe. Y luego la voz de su padre; que en un principio se asemeja a un silbido y luego deviene en trueno, para culminar en un bocado de metal caliente, amargo, abriéndose paso entre los músculos de una garganta.

Por fin, la bruma; mariposas azabaches en vuelo desordenado, un edificio derrumbándose, una virgen doncella que muere aplastada a golpes de martillo. Las hojas sueltas de todos los otoños, acuden, rotan, vuelan; giran alrededor de la nostalgia, fundiéndose con las hojas arrancadas de viejos calendarios del diario más íntimo que huyeron, y lo inacabado se agazapa y tiembla, sale de su escondite, se despega y ya sangrante, con ansiedad sobresaltada de salvación, levita en derredor suyo; míseras alas de ceniza muerta, que renacen y brillan, procesiones de unos seres posibles "que no fueron"; muchedumbres sin peso, medios rostros, que ya flotan furiosos de no ser ¡pesadillas palpitantes!... Y Ernesto, el último ciudadano de aquella preciada y opulenta ciudad, había muerto.

El duende del tiempo

MARÍA DEL PILAR BOLAÑOS*

Todo estaba tétrico, en tinieblas, truenos relampagueaban sin cesar; nos castigaban, como si un jinete en el cielo cabalgara y arriara a su caballo sin piedad; pero de pronto, el cielo se despejó emitiendo un dulce canto que resonaba a calma y los astros del reino celestial resplandecieron tanto que mis ojos se entristecieron de felicidad, era una noche que pasaba del terror a la dulzura, y me encontraba en ella gozando de aquel magnífico instante; pero lo hermoso es tentado y mis ojos giraron hacia otro punto de encanto: ¡el bosque! Desde ese día mi juventud iría desvaneciéndose; era tan eminente aquel lugar, que todas las noches lo observaba y mis días pasaban solo junto a él; pareciese una Julieta contemplando a su Romeo desde una torre encarceladora del amor; la distancia me mitigaba pero me contenía a sumergirme en aquellas profundidades, aquel misterio me acechaba, quería correr hacia ese lugar, pero mi intuición me lo negaba. Después de tantos días de abstenerme, decidí sumergirme en el espesor del bosque; caminando por aquel sendero sentía un frío que congelaba y entumecía mi piel; alternaba pasos lentos y rápidos porque por momentos sentía que algo raro estaba ahí, que me observaba y que quería llevarme a algún lugar, sentía un brisa suave y a la vez su aire ¡pesaba tanto!; marcaba un camino y sin pensarlo seguía, seguía como un loco persigue su fantasía. Continuaba caminando con la brisa que me entundo, pero se disipó y de repente, mis pasos se detuvieron frente a un puente, estaba paralizada, era espeluznante este lugar, el miedo se apodero de mi y la sangre no fluía en mi cuerpo, parecía que llegaba mi fin -verdes hojas que crepitan, entre lo extraño arden, lento matrimonio del viento y el fuego, la vida y la muerte; son huellas equivocas que se transfiguran en cuchillos de sombra para matar las ansias de inmortalidad-; el puente se mecía impulsado por un aura furiosa, y su sonido era poseído por un terror turbulento,

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño

que irrumpía en una danza desatada en torno al vacío, el viento aullaba en la quebrada, arrullando las piedras, desborda y lava, se precipita y barre, el insaciable viento que no deja rincón sin penetrar, alcanzando una profundidad misteriosa, que atraviesa el largo y sinuoso entablado del puente, esto hacía que mi piel se erizase y temblara desde la punta de mis pies hasta la punta de mis cabellos, parecía que un imán se apoderaba de mi cuerpo y sin quererlo ya caminaba sobre este, no entendía porque estaba ahí y en mis adentros pedía a gritos que alguien me ayude, que me libre de este encanto mortal, pero como pedía ayuda, si siempre estaba sola, me busque este destino y ya no tenía vuelta atrás, miraba las sombras y las cenizas de los días que fueron flotando en el pasado como en el fondo del camino el polvo de mis peregrinaciones; espeluznante era no tener posesión de mis sentidos y mi cuerpo, la angustia me mataba y me preguntaba ¿a dónde iba? ¡temblaba!; finalmente mis pies cesaron de caminar y estaba ya al otro lado, era perfecto, pero misterioso y ahí estaba algo sublime; era un ángel esplendoroso, sus alas eran inmensas, su rostro era como el de una ave tierna y frágil, sus ojos reflejaban luz y su mirada era como la de un gato, manipuladora de sus víctimas; este me llamaba y yo sin miedo me acerque a él, aunque pensaba que era algo extraño, ¿un ángel en aquel lugar tan sombrío?, teñia de nuevo temor, de repente este ángel me envolvió en sus alas y me estrechó en ellas desesperadamente, sentía que sus garras apretaban mi cuerpo y que el aire se estaba acabando, yo impulse mi mano compulsivamente hacia este y se alejó un poco de mí y sonrió, no sabía si era un gesto de ternura o de maldad; estaba confundida entre si era lo bueno o lo malo, la belleza o la fealdad, la tristeza o la alegría, lo temporal o intemporal; pero mis confusiones no importaban dejaba que este hiciese conmigo lo que fuera, esa mirada me hechizaba y me sentía tan protegida, que el mundo era sólo él, este me mecía en sus alas y toda la noche permanecía junto a mi y al despuntar el alba desaparecía; pareciese que el día era muerte; como si fuera un vampiro ¡amaba la noche, solamente la noche y el día era la perdición!; a la mañana yo me encontraba sola con muchas dudas alrededor de mi cabeza dispuesta a volver una y otra vez con ese maravilloso ser que me daba vida, vida en el delirio, pero a la vez me sentía enferma y débil, parecía que los años que tenía se duplicaran, me sentía vieja, acabada; y sólo habían pasado noches, noches de verano que me habían consumido ¡esto era extraño!; pero como una enamorada, estaba ciega, totalmente ciega.

Una noche mis ojos empezaron a abrirse y no quise bajar a ese lugar, la lluvia era insaciable y sentía miedo, como un presentimiento, estaba algo en mi corazón que me decía que no; que no debía bajar; pero fui tan necia, que mis ojos se adormecieron otra vez y el delirio por este era fatal. Corrí como si mi vida se fuera a acabar, como si fuera la ultima vez que lo iba a ver y otra vez me tenía entre sus brazos, pero ya no sentía la misma ternura, sentía maldad y quise huir, pero el tiempo se me había acabado, ya estaba viejo conmigo y agonizante entre

sus brazos, pude ver aquel ángel que no era blanco sino negro, era aterrador; sus alas eran enormes, puntiagudas y quebrantadas, su rostro era infernal, tenía dos cuernos acechadores y su sonrisa ya no era falaz, sino mortal, se acercó a mí, tenía mucho miedo y mil lágrimas salieron de mi rostro, estaba espantada, por fin mis ojos pudieron ver lo que el amor había tapado con tanta magia y belleza, la realidad era distinta, no podía ya hacer nada, los ojos que se abren como el alba y que cerrándose dejan caer la noche me desnudan eternamente en la gran soledad, en la que siempre intenté descubrirme, en la que sentí acudir momentáneamente la dicha desde todos los puntos de mi cuerpo, mi alma, que en el tiempo celeste sobre el enigma de su rostro cándido en círculo se cerraba, y desde allí crecía cubierta de sortilegios nocturnos, no soy, no soy, derivo, pesada, porque no me fijas ya en el agua de negros sueños en que se ha tornado bruscamente mi mundo, nuestro mundo, seguido por vanos consuelos solapados en los estigmas funestos de tus abrazos, hacia la nada transcurro, contemplo tu figura de gracia, mientras encuentro en mi deseo un lugar recóndito en el que entramos y al que ninguno de los dos volverá a saber nunca como regresar. Esta vez no podía detener su abrazo y lentamente el aire se estaba escapando de mi y moría...

Forma y color

ALEJANDRA DUARTE LASSO*

"Física de equipaje:
calcular la diferencia entre los volúmenes de
aire desplazados por una camisa limpia (planchada y doblada)
y la misma camisa sucia"
Marcel Duchamp (De trozos escondidos)

Voy con mis ojos, (desde la dimensión que cubren los centímetros cuadrados propuestos por la silla que ocupo) baldosa a baldosa... hasta encontrar sus zapatos de color extraño, llego a sus rodillas sin temor alguno de hallar su pelvis: el lugar intermedio entre usted y sus piernas.

Sonríame. Roce con sus dedos el desorden de mis cabellos. Abandone la distancia que separa su silla de la mía y déjeme su apuro en las mañanas; deje la tasa de café sobre la mesa y corra.

Veinticuatro años y esa imagen carismática que a usted le es insoportable sobretodo cuando hace preguntas y no encuentra respuestas. Hace rato que no bajo al taller de arte y no veo a los amigos y no me miro en el espejo, no hay color rosa en los labios, sólo su mirada puesta en mí la tarde que nos encontramos y tantos libros sobre el comedor. Es mejor así. Soñarme que lo tengo, que le acaricio con mis dedos sus labios delgados.

Aunque no tome mi mano yo lo complazco. Soy su amante, he dejado a un lado esa idea absurda de la iglesia y del vestido blanco sólo para sorprenderlo, amarlo, he desbaratado su más íntima creencia para abandonarlo luego. No seremos actores que reemplazan a otros, tampoco seré el doble de un muerto. No hay reposiciones.

Voy a votar sus zapatos de extraño color anaranjado a la basura, para caminar descalzos sólo un momento.

- Qué importa señor su hogar... deságalo, deságalo, camínelo de espaldas conmigo.

---

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño

Cuerpos

ALEJANDRA DUARTE LASSO*

"Yo no sé de pájaros,
no conozco la historia del fuego.
pero creo que mi soledad debería tener alas"
Alejandra Pizarnik

Corcel:

Quizá ondas, claro-oscuro, señales en el acercamiento íntimo entre la espátula y el lienzo. El metal intentando explayar colores sobre la piel mas fina... el lienzo extendido, expuesto, disponible a ser rasgado sutilmente por pintas de colores...

Cuando se comparte y conmueve... alternancias. Podría instalarse sobre lo violentamente instintivo sin repetirse y no olvidarse; descubrirse desmesuradamente hasta excitar los átomos: movilidad, saltos, interconexiones fugaces irrepetibles.

El viaje de la mano derecha del pintor que sostiene la espátula con fuerza, veloz, segura y dispuesta, dada apasionadamente al encuentro con el otro que es el lienzo y le ama... cantas veces le ama sin repetirle... despacio, violentamente.

El corcel es quizá un bolero. Puede percibirse con el cuerpo la ausencia del lienzo, de la mano derecha del pintor vacía, de la espátula arrumada sobre un mesón cubierto de polvo... Qué sería tal ausencia? Qué diría mi soledad?

Sólo por esta vez, el corcel en el lienzo tiene cuerpo de mujer, sólo por este instante de sueño no hay riendas que me impidan llegar a vos.

* Egresada Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

Ojos de murciélago en la noche

(Fragmento de Novela)

FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO*

Para G.L., E.S. y mi familia, todo

CAPÍTULO III

Parado frente a la enorme ventana de su oficina en el piso cuarenta, Polux observaba como los rayos del sol se infiltraban desde el ocaso entre los edificios dándoles bonitos tonos naranja que pronto se desvanecerían para dar paso a las tinieblas. Como sea, la noche ya se había cernido sobre él, de cualquier forma. Pensó en Mara mientras las luces de la ciudad se encendían lentamente; los aeromóviles empezaron a atestar la atmósfera llevando a los burócratas a sus viviendas. Cuando el último resquicio de sol desapareció, Polux decidió ir hasta su escritorio y beber de la botella de brandy a medio acabar que había llevado; luego encendió un cigarrillo y lanzó unas cuantas bocanadas antes de que el humo gris formara la imagen de Mara por enésima vez desde su muerte a manos de "Ellos".

Polux salió de su oficina de abogado y detective fracasado luego de echar una última mirada a los expedientes que debió estudiar pero que nunca tocó en todo el día. Y aunque necesitaba el dinero, desde la muerte de Mara ya nada le importaba.

En el ascensor se topó con una hermosa mujer, rubia, ya entrada en años pero con el atractivo suficiente aún vivo en sus labios y ojos. Ella sonrió con secretas intenciones pero Polux se limitó a observarla con desprecio y decidió bajar por las escaleras los cuarenta pisos mientras rumiaba el enorme inventario de lo

* Egresado Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

perdido, de lo nunca dicho. Ahora lo acosaba cierto sentimiento de frustración que en las noches nunca lo dejaba dormir tranquilo, frustración por nunca haberle dicho a Mara las palabras fundamentales que se quedaron en pedazos de papel que ahora se encontraban en cenizas dentro de una urna frente a la cual bebía cada noche con desesperación.

Al llegar abajo saludó al preocupado Ramírez que lo había visto decaer desde la muerte de Mara, de la que nunca supo la existencia. El conserje se apresuró a estrechar la mano del decadente abogado que en algún tiempo le había ayudado con su hijo delincuente, y cuando olió el alicoramiento de Polux se apresuró a detenerlo y a ofrecerle café. Polux apreciaba al sujeto y aceptó el café para volver a tener fuerzas de empezar de nuevo la caída.

- Cada vez lo noto peor, señor Márquez.

- Si, bueno ... -sonrió-, esa es la idea.

- Caramba, señor Marquez, no debería decir eso. Las cosas mejorarán. Aquí tiene: un café bien cargado y sin azúcar para que pueda llegar bien hasta su casa

Ramírez le alargó la taza que tenía reservada para Polux con el café de la dispensadora y puso una mirada severa.

- Las crisis siempre tienen final, señor Márquez. Míreme a mi: después de lo de Vicente me he repuesto gracias a lo que usted hizo por él.

- No me lo recuerdes tanto, Jorge. A veces me entran las ganas de volver en el tiempo y no haberte ayudado.

- Bah, usted lo volvería a hacer. Es una gran persona.

- No, no, no ... una gran persona no, ni pensarlo. Nadie es "una gran persona". Yo soy un malhadado infeliz que canta Las Cuarenta, o sea que soy un desgraciado.

- De ninguna manera, señor Márquez, usted...

- Si, lo soy. Tu no me conoces... De hecho ni yo mismo me conozco. Esta máscara del buen samaritano, del ilustre abogado, del ciudadano que paga impuestos y vota en cada elección es solo eso... un máscara. Debajo hay un ser oscuro, brutalmente despiadado. Créeme... Oh, si: brutal y despiadado. Ni siquiera tienes idea de las atrocidades que surcan mi cabeza, de las múltiples formas que he ideado para descuartizar bichos humanos y cosas peores. Créeme si te digo que puedo ser bestial, brutal y desconocido -Polux sonrió al sorprendido Ramírez y se dispuso a salir- Tu también tienes una máscara Jorge, y una muy buena -y antes de salir del edificio agregó-: quien sabe que haya adentro.

Ramírez levantó su diestra para despedir a Polux mientras cejaba confundido. Se encogió de hombros y pensó que la gente cada vez estaba más loca en la ciudad.

Polux caminó por la ciudad sin rumbo, hasta que la noche se volvió tan callada como una fiera dormida y sus piernas sintieron el cansancio. Entonces sintió frío y miró que se encontraba en un callejón oscuro y sin salida en el que había una tétrica entrada a un bar subterráneo, cuyo letrero de neón titilaba en rojo de manera peculiar. El nombre del bar le llamó la atención.

SINELLA BAR

Consultó su reloj y decidió que era buena hora para entrar a tomar algo. Después de que Polux entró el letrero de neón hizo un corto circuito y se apagó.

Adentro el ambiente de caverna era casi insoportable: la luz era escasa y el sitio daba la impresión de ser el más subterráneo de todos los subterráneos posibles. A decir verdad, los sujetos en las mesas y en la barra parecían ratas e insectos propios de esos lugares sin luz, húmedos, donde el agua se filtra por las paredes rocosas y el aire está cargado de pesadillas. Todos en el lugar dirigieron sus fríos e inexpresivos rostros hacia Polux, quien tuvo que aguardar demasiado tiempo incómodo en la entrada mientras sus ojos se adaptaban a la escasa luz. Avanzó luego de encender el último cigarrillo que le quedaba; al llegar a la barra se sentó junto a un sujeto enorme que lo miró de la manera en que una estatua pudo haberlo hecho mientras bebía directamente de una botella de tequila. El mugroso tabernero le daba la espalda mientras limpiaba unos tarros de cerveza. Polux le habló pidiendo brandy.

El tabernero cuyo rostro se hallaba surcado por cicatrices inverosímiles, volteó hacia Polux y lo miró directamente a los ojos congelándolo. Polux sintió que no podía moverse y que se encontraba frente a una aparición infernal. Intentó moverse pero la mirada abstracta del sujeto lo impedía: el tipo era ciego. Polux, despues de tragar saliva y de hacer un esfuerzo descomunal, pudo voltear aterrado para mirar a los demás habitantes del bar – caverna: todos eran ciegos. De todos los bares a los que pudo acudir en una ciudad tan enorme tenía que terminar en un bar para ciegos. Se sintió como un espía descubierto en medio de enemigos armados e invencibles.

- ¿Qué desea tomar?

La voz del tabernero, que parecía un trueno en medio de una noche de horror, lo devolvió al tiempo; ahora comprendía aquello de que en los instantes definitivos de nuestras vidas el tiempo corre más lento, casi hasta paralizarse. Ya algo de eso Polux lo había experimentado cuando conoció a Mara y el tiempo pareció detenerse, de la misma manera que cuando ella murió.

Reiteró el pedido del brandy dando a su voz un tono normal, pero le pareció, sin embargo, que dirigía una súplica.

El tabernero le pasó una botella de brandy y un vaso. Polux agradeció que la botella viniera cerrada, porque de lo contrario hubiera sospechado alguna especie de trampa. Bebió en silencio, incómodo por el murmullo constante que llegaba a sus oídos y que parecía traer el rumor de una conversación donde él era objeto de burlas y tramas secretas.

Pensó en Mara nuevamente e intentó sacar fuerzas de su recuerdo para no tener que salir corriendo. Pero la imagen de sus padres y su hermano lo volvieron a atormentar.

Los recuerdos de Mara, de su voz, de sus gestos y sus ojos se le mezclaron con las imágenes de sus padres empalados y con las cuencas de los ojos vaciadas al igual que sus entrañas. Recordó a Castor, su hermano, suicidándose después de cegarse con ácido mientras él observaba paralizado. Y luego Mara muerta repentinamente en su casa con aquella expresión de terror dibujada en su rostro. Intentó apaciguar todos esos recuerdos bebiendo desesperadamente en medio de aquella colección de infectos y ciegos personajes que, estaba seguro, hablaban pestes sobre él.

Entonces apareció ella. Polux pudo sentir un rumor en el ambiente, como una oleada de electricidad que recorría su cuerpo. Dejó la botella casi vacía sobre la barra y regresó la mirada hacia la entrada. En el umbral estaba parada una mujer recordada, con los inútiles ojos abiertos excesivamente. Era Mara aquella mujer, aunque el cabello era rizado y tenía suaves destellos dorados. Pero era Mara o su exacta gemela.

Polux se sintió paralizado mientras la mujer avanzaba entre las mesas hacia la barra como una aparición espectral. No caminaba: flotaba con su vestido holgado y negro ondeado por un viento misterioso. La mujer se puso a su lado y habló con el cantinero por unos cuantos minutos. Polux no distinguió la conversación que para él fue sólo un murmullo extraño, como un chillido de animales nocturnos. De alguna forma ellos se "miraron" como se mirarían dos compañeros de baraja y luego ella salió flotando del bar.

Polux apenas daba crédito a sus ojos: era Mara. Pero, ¿realmente tenían crédito sus ojos en un bar para ciegos? Pagó en exceso y salió corriendo en cuanto ella desapareció en la puerta. Su corazón latía demasiado rápido y le pareció que detenía el tiempo a su alrededor haciéndolo correr en cámara lenta.

Cuando salió al callejón no había nadie cerca. Un viento extraño agitó un trozo de periódico que revoloteó a los pies de Polux, quien salió corriendo hacia la calle contigua después de mirar desesperado en todas direcciones (incluso miró

hacia arriba pensando que la mujer podía volar). Al llegar a la calle principal miró que a la derecha había un mendigo hurgando en la basura. Corrió hacia él.

- ¿Has visto una mujer salir del callejón? Hace sólo un momento... - preguntó agitado alargando un billete al vagabundo.

El mendigo levantó su tronco y encaró a Polux. Era un hombre viejo que le sonrió paternalmente desde la sombra que le proporcionaba un poste.

- No he visto nada hace siete años, muchacho - dijo y la luz de un carro que pasaba cerca iluminó por un segundo su rostro, mostrando unos ojos blancos, completamente blancos.

- Coma algo -escupió Polux colocando el billete en la mano sucia del mendigo ciego y corriendo en la dirección contraria hasta la esquina, donde una vendedora de periódicos y cigarrillos tomaba café.

Polux compró cigarrillos mientras preguntaba:

- Ha visto a una mujer... -y en seguida se detuvo: la maldita anciana no tenía ojos. Pagó y sin poder aguantar más gritó-: ¿Todo el puto mundo está ciego?

Corrió hasta su casa, donde se preparó un cóctel con todos los restos de licor que habían en las botellas. Se recostó sobre la cama y fumó mientras pensaba en la mujer del bar. El humo la dibujó, o sea, dibujó a Mara. ¿Pero sería acaso posible? Él había visto su cadáver, lo había visto arder, había visto sus cenizas esparcidas en el mar... Claro que ello, pensó, no probaba nada, menos aún en los tiempos que corrían.

Se durmió y soñó con una enorme ciudad nocturna, una ciudad que sólo podía existir en las sombras, presa de algún tipo de maldición, con edificios terroríficos terminados en puntas que rozaban un cielo tormentoso; soñó con sus amigos y con Mara que repentinamente desapareció entre una multitud de habitantes - sombra; soñó que la buscaba desesperado entre callejones atestados de ratas, entre calles estrechas con edificios decrépitos desde cuyas ventanas sombras informes y ciegas le observaban como si fueran estatuas de deidades de eras infernales; soñó con una mujer espectral y sin rostro acercarse y alejarse entre los restos de cadáveres que, por alguna razón, habían tapizado los pisos de las calles negras; soñó con campanas que anunciaban el fin de la humanidad y la profanación del cuerpo de Mara mientras una luna roja se desprendía a pedazos del cielo, destruyendo los edificios negros, los habitantes - sombra y las ratas, algunas de las cuales repentinamente desplegaban alas de murciélago y volaban despavoridas de la destrucción; soñó con un tubo trasparente en un cuarto cegador y entonces despertó sobresaltado con el sol penetrando por las ventanas de su cuarto.

Lloró unos momentos al recordar el horror, encendió un cigarrillo y bebió los restos de licor que había en el vaso que dejó sobre la mesa de noche. Encendió la televisión y fue a ducharse.

...el tratado para el intercambio cultural con los Éxter fue firmado ayer –anunciaba el presentador de noticias mientras las imágenes de un saludo entre un humano y un humanoide de piel gris llenaban la pantalla– *por el Canciller Böler. Se cree que ahora la humanidad podrá formar parte de la Alianza Galáctica. Ampliación de esta noticia al regresar.*

Aparecieron imágenes de una mujer esbelta vendiendo una reconocida marca de dentífricos; luego un hombre barbado repudiado por las mujeres, pero salvado gracias a la nueva tecnología en máquinas de afeitar Gillete; después una pareja feliz comprando un condominio en los áridos parajes lunares y un perro hablando con su amo sobre las ventajas de Canino, el nuevo y mejorado alimento para perros.

Luego volvió la imagen del pulcro presentador de noticias.

Es muy probable que la bolsa de valores...

Polux apagó el televisor sin prestarle mucha atención al suceso que había paralizado al planeta y decidió que continuaría con la investigación que Mara le había encomendado la primera vez que la vio, muy a pesar de la última conversación que sostuvieron antes de su muerte, donde ella, con evidente temor, le hizo prometer desistir de investigarlos a "Ellos", como ella llamaba a sus persecutores, que Polux llegó a sospechar imaginarios hasta el día en que ella murió. Polux sabía que algo oscuro envolvía la muerte de Mara, y que ese algo tenía que ver con él también, pues nada pasaba por casualidad, nada, ni los desencuentros ni las muertes; menos aún la ceguera.

La mujer del bar, se dijo Polux, tenía la clave, y sería ella, por lo tanto, el primer paso que daría en su búsqueda, aunque no dejó de sospechar una celada o una advertencia. Era claro, por lo menos para él, que ella había aparecido en el bar para hacerle saber que existía.

Preparó su desayuno y luego salió de su casa con el viejo treinta y ocho bien asegurado en su cintura. Si era algo oscuro lo que sucedía, él estaba preparado porque ya había traspasado la línea. El formaba parte de las sombras, también.

No más café

FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO*

Para: Marcela

Ella, seis meses y seis días después, a las seis de la tarde ha perdido las esperanzas y ha dejado de hacer café. Fernando ya no vendrá más hasta su casa, ya no tocará la puerta vestido con su traje formal, con el ramo de gardenias entre sus sudorosas manos por los nervios que suponía cada encuentro. Ella ya no lo dejará pasar hasta la sala para conversar mientras seis tazas de café desaparecían entre sus labios acompañando las galletas de animalitos que tanto le gustaban. "Ya no vendrá", piensa ella con tristeza, "porque seguramente el sabor del café, de la costumbre, lo aburrió".

Lo que ella no sabrá es que Fernando, seis meses y seis dias atrás, a las seis menos cuarto de la tarde, cuando se encaminaba a la visita de costumbre, mientras compraba el ramo de gardenias a la vendedora que se estacionaba junto al Banco Central, fue tomado como rehén en la fuga de unos asaltantes de banco asediados por la policía; que luego fue golpeado salvajemente y abandonado en un sitio desconocido; que despertó sin memoria; que fue encontrado y ayudado por unos campesinos bienhechores; que una semana después, gracias a los hijos de los campesinos bienhechores, se enroló en la insurgencia donde adoptó el alias de Gustavo Castel; que combatió casi un mes en las montañas a los ejércitos patriotas; que huyó hacia Quito cuando su grupo fue derrotado y perseguido; que en Quito un camarada suyo le consiguió un pasaje de avión hacia París; que el avión en el que viajaba se estrelló en los Pirineos y que él fue el único sobreviviente; que campesinos separatistas vascos lo encontraron y lo ayudaron, y que en agradecimiento combatió junto a ellos; que fue perseguido por agentes españoles y que tuvo que huir a Italia, donde la Interpole dio con él y se vio obligado a huir hacia Turquía, donde un tal Hassam lo convirtió al Islamismo; que luego viajó hacia Bagdad a ayudar a sus hermanos y que murió el día en que Ella perdía las esperanzas y los noticieros mostraban la triunfante entrada de los gringos en Bagdad.

Naturalmente nunca se dijeron nada.

* Egresado Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

El adversario

FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO*

A mis amigos

El sonido fue seco. Alejandro elevó la mirada hacia su Adversario y luego volvió a fijar la atención en el arma que yacía sobre la mesa, preparada para el mortal desafío. Estaban sólo los dos, frente a frente, mirándose y mirando el treinta y ocho sobre la mesa. Una sola bala aguardaba su destino y Alejandro pensó que en el primer intento habría menos posibilidades de perecer.

Clic. Nada. El arma fue depositada sobre la mesa de nuevo. El Adversario tomó el arma y apretó el gatillo sin vacilar. Nada tampoco. Alejandro empezó a sudar frío, pero volvió a tomar el arma. Clic. Nada. El adversario sonrió siniestramente y apretó el gatillo. Clic. Nada. Alejandro empezó a sentirse mareado, pero no daría su brazo a torcer ante su Adversario, menos aún suplicaría. Si pasaba la prueba, pensó, vería morir al canalla.

Apretó el gatillo.

Cuando Ella acudió desde la habitación contigua, ya era demasiado tarde: el cuerpo de Alejandro yacía inerte en el piso y sus sesos estaban esparcidos en una de las paredes. Gritó de horror ante la visión mientras un viento helado penetraba por la ventana abierta por donde escapó el Adversario.

La policía y la prensa hablaron de un suicidio por amor.

* Egresado Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

Al final

FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO

"El dolor es el único maestro que nadie ignora"
Maestro Jedi Oscuro Jorus C'Baoth

Un viejo cansado, arrimado a un poste, contemplaba su antigua casa, la de su niñez, donde transcurrió la magia. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando un niño como él, en aquel tiempo remoto, salía a comprar un helado, quizá. Luego todo se transformó en el horror de un límpido complejo bancario, destruyendo los recuerdos y reemplazándolos por bóvedas pulcras llenas de papeles de colores por los que la gente mataba; cesaron las lágrimas y apareció la furia en ese rostro lleno de arrugas y cicatrices. Tomó el costal sucio con sus pertenencias y se acercó a la entrada principal del Banco Central, y antes de que el guardia pudiera echarlo a patadas, el viejo activó los explosivos que un extraño le había facilitado para venganza, aunque la gloria del horror se la llevarían los separatistas.

Sin título

FRANCO ALIRIO CEBALLOS ROSERO*

Si te parece bien iremos a caminar por el parque y a comer un helado mañana por la mañana; quizá veamos una película. ¿Qué dices? ¿Si? Entonces quedamos. Me levanto temprano, hago el desayuno para papá, me ducho, me pongo la faldita rosada que tanto te gusta y salgo para tu casa...

Sí, lo sé, te llevaré uno de esos pastelitos que papá compra de regreso a casa, de esos con relleno de mora que fascinan... Si, también te daré un beso, pero eso si, bien chiquito porque no quiero que pienses que puede haber algo más entre nosotros... Tu lo sabes: tenemos una bonita amistad... No, claro que no, no estoy diciendo eso, sólo que no quiero que te ilusiones conmigo: Tu sabes por qué... Entonces quedamos para mañana ¿eh? Va a ser inolvidable...

¿Aló? ¿Aló? ¿Qué sonido fue ese? ¿Qué son esos gritos? ¿Doña Alma Lucía? ¿Qué pasa? ¿Qué? Pero si habíamos quedado en salir mañana ... ¡Se pegó un tiro! ¿Y ahora que se supone que haga hasta la tarde?!

Ausencias

JUAN ARGOTY*

Tomás yace sobre la cama entre cobijas revueltas. Por reflejo, se cubre el rostro con las sábanas, evitando que los rayos del sol le perturben el sueño, sueño del que nunca quisiera despertarse. Pero la persistencia de la luz, le obliga a abrir los ojos, bostezar, y estirar los brazos. Tomando conciencia de la realidad, desvanece espejismos en las desnudas paredes de su cuarto.

Sin más remedio, Tomás se incorpora con parsimonia, camina dentro del cuarto; primero, delante de un estante maltrecho con pocos libros. Después, acercándose hacia la pared de enfrente, donde el calendario marca abril 14 de 1970; -¡Otro amanecer!..., del que solo esperó la noche-. Pensó Tomás, al abrir la puerta del armario y buscar entre la confusión de su ropa un vestido negro. Cuando está a punto de ponérselo, reacciona golpeándose la frente con la palma de la mano, diciéndose a sí mismo: -¡Hoy es sábado!-. Entonces, cambia el vestido negro, por uno café de paño inglés dispuesto para ocasiones especiales. Frente al espejo, trata de lucir sus canas y arrugas, se acomoda el cuello de la camisa y descubre que en el borde superior del marco, aún sigue pegada la foto de una mujer joven, trigueña y de ojos infinitos. Recuerda que en el mismo lugar, ella lo abrazaba por la espalda y mirando al centro del espejo como si fuera un oráculo de Delfos, ambos jugaban a establecer los términos de su futura sociedad: los gustos en el comedor, la repartición de las tareas domésticas y el número de hijos que tendrían; problema que aún no han logrado resolver. Ahora, se da unos toques de loción, cachetadas en la cara para volver a reaccionar, perfecciona la línea del peinado y echa un vistazo al reloj que le confirma la proximidad del mediodía.

Ya en la calle, Tomás llega a un almacén y a través de la vitrina mira a un maniquí con vestido verde. Se acuerda, que ella quiso ese vestido tantas veces,

---

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

como él prometió regalárselo algún día. Hoy puede ser ese día; pero de momento, continúa su camino en línea recta que lo lleva hasta la plaza; pero antes, es atrapado de nuevo por el plácido olor del café, que viene desde la cafetería de enfrente. Sin dudarlo, cruza la calle y cuando está a punto de entrar, se fija que la mesa de siempre, está ocupada, por una pareja de jóvenes que parecen hipnotizarse con las miradas, adivinarse los gestos y el pensamiento cada vez que entrelazan las manos, formando telarañas y laberintos que los pierden y confunden hasta convertirlos en uno, un laberinto, una telaraña, un cuerpo. Tomás prueba a sorbos el café desde una mesa lejana, evoca aquellos sueños y discusiones que tuvo con ella, a causa del amor o de los efectos de la cafeína.

Por ahora es cuestión de tiempo, esperar su regreso, hacer las cosas de siempre, compartir monotonías. Vivir otro fin de semana cercano a la felicidad, y de sufrimientos a la hora de despedirse. Luego, regresar a la soledad de las calles, a su habitación vacía, muriendo en sus días y despertando en los sueños. -Ojalá todos los días fueran sábados- Dijo Tomás al llegar a la plaza. Emocionado y algo sudoroso, se limpia la frente con un pañuelo blanco, al tiempo que se sienta a esperar en una banca aislada, hasta que se derrumbe el atardecer. Viendo su reloj cada vez que ella aparece en su mente; pues se le había olvidado como se siente esperarla.

No queda tiempo para pensar

CINTHYA ROJAS HIDALGO*

Trata de superarse día tras día, toma clases de guitarra clásica una vez por semana, se hizo amigo de uno de las compañeras de estudio que le ha enseñado a descubrir el talento oculto en él. Además ha comenzado a asesorar a su hermano en la tesis de grado; ayuda a su madre en las labores de la casa y por si fuera poco le colabora en el trabajo ganando un mínimo porcentaje. Su mente y su cuerpo siempre permanecen "ocupados" y a veces pierde la noción del tiempo y de las cosas, conoce superficialmente el lenguaje de los sordos; está tomando clases de solfeo y técnica vocal porque se ha dado cuenta que

* Egresada Programa de Idiomas, Universidad de Nariño.

tiene gran afición por la música; su maestro le dice que tiene algunos conocimientos de finanzas y astrología y que desea compartirlo con sus estudiantes, asi es que todos los jueves se reúne con sus compañeros a hablar de la hora local exacta, la influencia de el primer decanato en la personalidad y los movimientos administrativos de una empresa.

Desde un tiempo para acá está visitando a sus familiares enfermos de los que nunca se acordaba, se ha convertido en un magnífico consejero para sus amigos, va a dejar a su sobrino a la escuela, hasta recibe visitas diarias de uno de sus amigos que se encuentra en una profunda crisis sentimental.

Sale a caminar, hace aeróbicos de vez en cuando y tiene la firme intención de meterse a un gimnasio, lee y escribe con frecuencia.

Sale con sus amigos, se divierte, sonríe, se emborracha y hace reír a todo el mundo con sus ocurrencias; pero todo el tiempo y en todo momento no deja de pensar en Mary.

Sin título

LILIANA BURBANO*

Peso 120 kilos y alcanzo los 180 cm de estatura y no obstante, mi anatomía no hace más que ser la mejor exposición de mi tragedia privada: padezco de tristeza y de diabetes, las padezco pronosticadamente hace dos años, logro con retrasos pagar el alquiler de un apartamento amoblado, vivo cada día y cada noche en medio de agujas y botellas, aquí y allá briznas de un matrimonio fracasado y de un alcoholismo creciente.

Instalé por recomendación de mi sicóloga, el mes pasado, un timbre de ding dong dulce y refinado como recurso desesperado en busca de la perfección de un ambiente acogedor en mi hogar. Ding dong y abro la puerta, detrás de ella, entra un frío aún más terrible que enfría, incluyéndome, todo lo que hay en la sala, pesimista de que desee sentarse le ofrezco asiento y me pesa que no aparezca la Dra. Green en estos momentos para decirme qué hacer, por más que la invoco.

* Egresada Facultad de Derecho, Universidad de Nariño

Ella, se sienta en el sofá como solía hacerlo en casa, creo que es desvergonzado que lo haga con esa actitud, como si nada hubiera pasado, cruza la pierna como una actriz, saca y enciende un cigarrillo y lo atiza con su aliento, me gustaría saber que es lo que espera, es octubre y llueve, yo odio la lluvia desde que era niño, así sea vista a través de una ventana la odio, me pregunto si ella recordará eso.

Empiezo a pensar como empezar a decirle que no estoy para charlas importantes sobre su abandono, su presencia es sólo la presencia de su ausencia y no deseo que desde allí me mire y aproveche para desconocerme y reconocerme otra vez en este estado y en este apartamento alquilado de muebles que no acogen a nadie y que no disimulan el uso; mientras pensaba en ello, ya se ha levantado y alarga su brazo con una maleta azul estampada con elefantitos amarillos.

Las ideas en mi cerebro experimentan la gravedad bruscamente ante un único y despiadado acto de lenguaje.

- No tienes nada que decir? –aquí están los juguetes de Laura– deberías dejar de contratar una niñera para esto –la niña está dormida en el auto– puedes ir por ella.

Si quieres...

Su mirada me cubre pero me deja al desamparo, fuera del abrigo de mi antigua condición de esposo y padre, de hombre, y sale aparentando afán y disimulando fastidio, o al revés.

Yo, que por orden judicial debo permanecer a dos metros de ella y de su amante, salgo detrás y sigo sus pasos por el callejón a una distancia de uno, descubro, como me ocurre cada fin de mes, que Ella viene con mi hija, que se encuentra hermosa y deseo ardientemente realizar una súplica sin sentido, esa es una tentación acostumbrada que siempre termina fracturada bajo las llantas de su vehículo, así que miro el auto pero esta vez encuentro adentro la figura de un hombre alegre y la de una niña inquieta que seguramente acaba de despertar, miro como juegan.

Yo, siento por primera vez la indecencia de estar presente y estorbando en una escena cotidiana de extraños, toco su hombro sexy y le devuelvo los elefantitos.

Pienso que cualquier día sirve para ser el último, me volverán a decir que es el último otra vez y no deseo llegar a escucharlo de Laura, me doy vuelta y devuelvo los pasos, sólo quiero pensar en que deberé cerrar bien la puerta para que no entre más frío en casa.

Elogio de la soledad

HÉCTOR ARTURO GÓMEZ MÁRTINEZ*

Porque descubrí que defender una actitud y una posición ante la vida tiene sus riesgos y sus consecuencias; porque entendí que ascender, triunfar, adquirir y desarrollarse espiritual y materialmente genera envidias y remueve el afán de la revancha; porque cuestiona lo superfluo y azota el facilismo, el mantener la dignidad y la altivez con una actitud firme frente a la verdad, los principios y la forma no sólo de culminar sino también de plantear la pulcritud en los pasos del camino, porque no fue la madurez de mis creencias sino las limitaciones inconscientes de los contradictores lo que quiso enredar la contundencia de la razón y la credibilidad a la que ellos nunca pudieron arribar... por todo ello, me auguran y amenazan con que me quedaré solo en la vida y eso es verdad. Pero he estado solo y lo seguiré estando, antes que doblegarme ante aquellas actitudes y circunstancias que en vez de causarme bienestar me producen desasosiego. Estoy y seguiré estando alejado, así me quede solo, pero de la mediocridad, de lo deshonesto, de la apatía, de la dependencia, de la intriga, del oportunismo, de los espíritus rencorosos, débiles, desagradecidos, inútiles, y en fin, de quien o quienes ostenten cualidades o defectos que alteren o choquen definitivamente con mi formación y mis ideales o apetencias. Solo antes que permanecer junto a quien intente esclavizarme porque sus limitaciones no le permiten desarrollarse por su cuenta, y pretende alcanzar su plenitud a costa de mis sueños y de las expectativas de mi vida. Solo, sin quien busque luchar a mi lado con alegría y optimismo, y más bien se mantenga en la espera y la exigencia que por sí mismo no es capaz de dar. Así será muchísimo mejor permanecer solo, porque sobrevendrá una soledad beneficiosa en la que no pierdo ni mi personalidad ni mi libertad, y en la que el sosiego y la tranquilidad me permiten ejecutar acciones e imponerme metas vitales y renovadoras. He tenido la suficiente independencia como para valorar una relación por el bienestar que me produzca y por el deseo que por ella me anime, y no por obligación ni conveniencia, por compromiso o por monotonía, por costumbre o por sometimiento. Por cualquiera de estos hechos soy incapaz de permanecer junto a al-

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

guien, lamentándome luego de mis decisiones, criticando sin poder modificar el rumbo asumido, o aguantando sin reivindicarme una situación que no es de mi voluntad, mi entrega o mi resolución. Sin alegría y en la monotonía será demasiado fácil permanecer acompañado y sobran las posibilidades. Pero rodeado para padecer no será tan placentero como solo para crecer. Así que no me hace mella que me auguren la soledad, porque sé muy bien el acompañamiento que por lo enunciado me sobrevendría, y ese... no lo quiero.

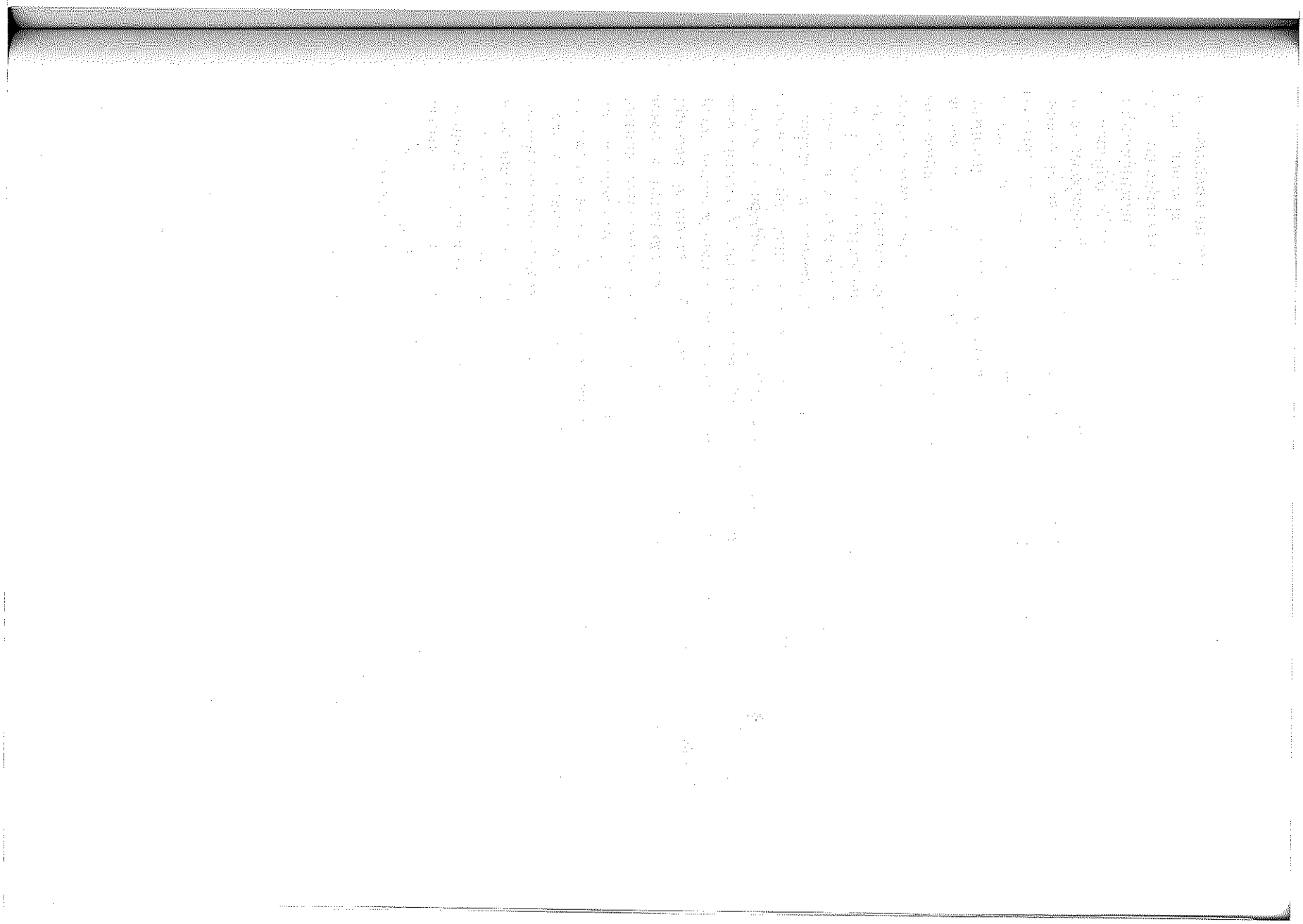
Catálogo de un irreverente

HÉCTOR ARTURO GÓMEZ MARTÍNEZ*

Las circunstancias de la vida me indicaron que era más peligroso dar y ofrecerse que esperar y recibir. Que amordazar la palabra y esconder la verdad otorga mayores dividendos que hablar, denunciar o exponerse a los golpes arteros de las conveniencias y la hipocresía. Que agacharse y arribar arrastrado se premia con retribuciones que brindan incluso sitiales de riqueza y reconocimiento. Que obedecer hasta el servilismo es garantía de una subsistencia estable y cómoda, que ampara incluso a la misma descendencia. Pero a pesar de ello me ofrecí y di de todas maneras. Sustenté mis palabras y mis actitudes con mi nombre, así me juzgara un injusto veredicto. Mantuve mi conciencia limpia y no vendí mi dignidad ni compré la complicidad ajena, así se desatara el holocausto. Demostré mi altivez y dignidad arriesgándome a la libertad cada momento. Se que escogí el camino más difícil, pero me asquee al pensar que podía hipotecar mi vida, a cambio de una existencia apaciguada y débil, estirada hacia el futuro apenas como un hilo o elevada a los honores tras los que se esconde la falsedad de unos principios pisoteados. Mis actitudes no pasaron desapercibidas ni resultaron tímidas en el enfrentamiento con el mundo. Mi condición resultó obstáculo para las componendas, y debí arriesgar la estabilidad y los derechos por defender lo que era cierto y justo. Incluso me llegó la soledad, porque el entorno desea alguien manipulable y débil que no establezca

* Integrante Taller de Escritores Awasca.

sus criterios y se apabulle ante la menor amenaza o acondicionamiento. Ahora la vida ha avanzado con una velocidad vertiginosa y los alcances de la existencia realizan en mi su inventario con un dedo implacable, haciéndome establecer de golpe mis logros y carencias. Se que dejo mucho por la senda, porque entendí hace tiempo que el carácter del Hombre es su destino. Se que mi suficiencia molesta a los farsantes que soterradamente colocan trampas para entorpecer o impedir el desarrollo de mis actividades y querencias. Soy conciente que sacrifiqué muchas aspiraciones, e incluso el vital y oportuno estímulo de una compañía. Mi afán por vivir me sensibilizó al máximo, y no podía permanecer atado a la mediocridad de las costumbres, ni al desasosiego del sometimiento. Ahora sólo me queda la libertad y las vivencias, el fragor de los recuerdos, las circunstancias vividas, la autonomía revitalizada. Ahora comprendo que realicé una de las más grandes tareas que puede desarrollar un Hombre: construirse a sí mismo como persona, trepar por las escalas de la sabiduría y el conocimiento, obtener la paz interior y la estabilidad e independencia emocional y material vigentes, y entender la compenetración con el entorno como una realización de la Armonía. Llego a un punto en el que se decantan con lucidez las prioridades, y en el que los afectos no son el afán por entablar la subordinación y el condicionamiento, sino la capacidad de entender el complemento asumiendo una relación como el continuo esfuerzo al mutuo aporte, y al deseo de enriquecer la vida. Se que poseo la fuerza del carácter, y que tengo claro que lucharé por el respeto, la dignidad, la altivez y la valentía. Mi orgullo se alza como un garrote contra quien intente anularme con la sutileza de sus mañas y los actos nefastos de su falsa clemencia. Rechazo la corrupción y el soborno, la apatía y la mentira, lo mediocre y solapado, le hago la guerra al chisme y a la intriga. Defiendo lo que pienso, lo que tengo y lo que amo, con el desprendimiento que me otorga la grandeza y la robustez que me asignan mis instintos, porque ello es fruto de mi dedicación y mi entereza, y se ha construido a pulso en el devenir de la existencia. Tengo la certeza del anonimato, porque el régimen no admite la contradicción de su estamento, ni da oportunidad a quien no tiene vocación para encubrir sus liviandades, ni argumentos para defender sus culpas. No dejo ni mi actitud ni mi ejemplo, porque cada uno escogerá su rumbo y descubrirá el modo de manejar sus pasos. Avanzaré hasta el final sin aspavientos, y no le daré tregua a la condición de tránsfuga o de hiena con la que se consigue el ascenso y la riqueza. Viviré conforme con lo que tengo y puedo, porque así suplo el nivel de mis necesidades. No aspiro a acumular más de lo logrado porque no quiero ser esclavo de las cosas, ni postrarme frente a mis flaquezas, ni resultar prisionero de las necedades que asedian. El ocio dañino no anidará en mi alma, y al afán de lo superfluo no inclinará la decisión de mi balanza. Diré que si a la iniciativa y al emprendimiento, y me sacudiré de quienes pretendan utilizarme para aprovechar con impunidad los frutos de mi esfuerzo. A la vida le debo su enseñanza, y a Dios que es la Armonía vigente en todo el Universo, la fortaleza y la huella que no desampara mi andar por el camino.



Ensayo

La enseñanza desconstructiva y las competencias

FREDDY PUENTES*

Más allá de la idea filosófica de "mundo", el pensamiento contemporáneo postheideggeriano -según el futuro anterior-, con sus modos de demostración y figuras desconstructivas, enseña prácticamente en textos con ritmos y estilos diferentes que no hay "concepto" sin "figura"(1); "análisis" sin "crítica"; "texto" sin "género"(2); "negociación" sin "diálogo"(3); "acción" sin "pensamiento"(4) -más allá de una tradición que opone "esencia" a "accidente", "empírico" a "ideal", "símbolo" a "alegoría", "representación" a "presencia", "materia" a "forma", "sensible" a "inteligible", que ha hecho posible -desde Platón a Saussure - que el significado sea siempre anterior al significante y en donde la contradicción se soluciona por medio de la dialéctica.

Si pensar es una acción, si hay una acción del pensamiento, después de Heidegger habría que afirmar, según una imagen de pensamiento diferente, inactual y singular, que "no hay acción sea política, científica o técnica sin pensamiento"(5). Hoy, aquí ahora, ante la pregunta: "¿Que hacer?", el texto de Jacques Derrida responde: "Pensar lo que viene"(6), pensar lo que no es, pensar un presente sin actualidad, sin el valor de actualidad, más allá o acá del sistema del valor. A partir de estas investigaciones, cuyas digresiones no podemos analizar en este espacio, tratemos -a través del texto postcrítico(7) de Derrida- interrogar, no definir -el ser de lo que es- "el análisis" y la "crítica" desconstructivas.

Para Derrida el "análisis" "es una regresión hacia el elemento simple, hacia un origen indescomponible"(8). Se sabe, según comprueba un lingüista muy acreditado, que la palabra "análisis" quiere decir "separación de las partes de un todo

* Egresado Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

para estudiarlas individualmente (analizar "separar en partes para determinar la naturaleza del todo") y que esta palabra procede del griego *"análysis"* que significa "división en partes, fragmentación, desatadura", del verbo *"analýein"* que quiere decir "disolver, deshacer": (de *ana-* "hacia atrás" véase *ana-* + lýein "desatar, disolver, soltar" del indoeuropeo *lu-*, de *leu-* "oltar" ; véase °resolver) + -sis "proceso, acción" (véase °- *sis*)".[9] Derrida, pensador argelino, no puede estar de acuerdo con este uso del término "análisis" porque la desconstrucción cuestiona y demuestra la pertenencia metafísica de categorías como las de unidad, totalidad, realidad, negación y otras; porque la desconstrucción no es el todo y porque ella no se define ni a partir de la negación, ni a partir de la afirmación de predicados de existencia, no se la define a partir del ser: no es ni un análisis, ni una crítica, ni un método[10], ni un acto u operación[11], no se la puede traducir sin reelaborar antes "todas las articulaciones sintácticas que, por un momento, parece prestarse a esa definición y a esa traducción son asimismo desconstruidos o desconstruíbles, directamente o no, etc. Y esto vale para la palabra, para la unidad misma de la palabra desconstrucción, como para la de toda palabra"[12].

Derrida, describiendo la palabra griega "*analuein*" que significa "desligar" y como consecuencia también "disolver el vínculo"[13], encuentra, en la evolución de la misma, por una parte que "*ana-*" designa un movimiento hacia "lo principal, lo más originario, lo más simple, lo elemental, o el detalle indescomponible" y por otro lado que *lysis* significa "descomposición, desligazón, desanudamiento, liberación, solución, disolución o absolución, y al mismo tiempo acabamiento final (..)"[14]. Este concepto tradicional del análisis es el que ha funcionado en la ciencia y operado en la filosofía y en la lógica y que la desconstrucción pone en escena, reelabora afirmativamente.

Si no se puede inscribir "el análisis" sin "la crítica" hay que recordar que la desconstrucción no es una crítica, en "un sentido general o en un sentido kantiano" porque "todo el aparato de la crítica trascendental" es "uno de los "temas" o de los "objetos" esenciales de la desconstrucción"[15], al igual que "la decisión", "la elección, "el juicio", el discernimiento", según analiza o descompone el lingüista citado, cuyo diccionario etimológico fue publicado por primera vez en inglés en Ámsterdam, al reconstruir el origen de la voz "crisis":

"'momento decisivo, situación inestable': latín *crisis* 'crisis', del griego krísis 'punto decisivo', de krínein 'separar, decidir', del indoeuropeo *kri- n- yo-*, de *kri* -, de *krei-*, variante de *skeri-* 'cortar , separar' (véanse °escribir, °carne)"[16].

Hemos aprendido que en el origen etimológico de las palabras "análisis" y "crítica" está la idea de " separación" y ahora sabemos que la crítica es comparativa y que ya no es el juicio exterior que valora una obra. Esta tradición etnocéntrica de la filosofía, desde Platón a Husserl y más allá, es desconstruída en sus textos

junto con cada uno de los valores, conceptos y categorías occidentales que la han hecho posible o pensable.

La práctica de Derrida no sólo desconstruye textos, discursos o conceptos sino también, como él mismo ha indicado, instituciones:

"El concepto de texto, que no se limita a un texto escrito o a un discurso, puede ser también una institución, una sociedad. Por consiguiente, desde este punto de vista, la desconstrucción también es política, no es politista, pero, desde el principio, es política. Es una reflexión sobre lo propio, sobre la propiedad, sobre el otro"[17].

Por "institución" se comprende aquí no sólo estructuras exteriores que son "efectos de la razón" sino también "la estructura de nuestra interpretación"[18]. Esta estructura de interpretación en que consiste finalmente lo que se llama la institución de "la filosofía" no tiene unidad interna en su discurso temático y autores como Hegel y Husserl y otros, para ir más allá del "ejemplo" hegeliano[19], se contradicen a sí mismos, en sí, como demuestra Derrida en sus textos al hacer con estos autores una operación de negociación que siempre es pre-contractual, que trata de transformar con estos un contrato tradicional.

Todo aquí es cuestión de detalle no significante y el "detalle" hacer trabajar las implicaciones y efectos de ese operador de generalidad llamado "desconstrucción". Si la función revolucionaria de la filosofía es "pensar lo impensado de una época"; pensar más allá de la identidad entre el ser y el pensamiento -más allá o acá del concepto-, nuestras enseñanzas deberían dar lugar a un pensamiento que inscriba, reelabore el discurso finito de la filosofía occidental. Este "más allá", recordemos, es originalmente anterior a toda transcendencia metafísica y a toda "filosofía del poder", lo cual indica que se trata de hacer una modificación de la interpretación marxista de la filosofía como ideología.

Nuestra función es transformar los conceptos y reinscribirlos en otras cadenas. Esto pide una "puesta en guardia" de los términos que se incorporan. Hay una negociación con nuestra lengua y una atención a esa transformación de una lengua por otra, de un texto por otro, dando a leer textos que hacen lo que dicen -mimesis-, no sólo describen sino que transforman ellos mismos lo que describen, constatativos y operativos al mismo tiempo, simultáneamente entrelazan "pasión" y "verdad", "cuerpo" y "signo", "pensamiento" y "acción".

Una consecuencia de la desconstrucción, cuando cuestiona la categoría de totalidad, es la imposibilidad de un análisis pensado como una descomposición del "todo" en sus "partes". Hay un pensamiento solidario con el de Derrida, con su práctica político-racional, que le interesa "lo otro del todo" y que, por su alteridad, "no puede ubicarse en el todo"[20].

Actualmente el Ministerio de Educación Nacional ha propuesto una evaluación que examina las capacidades interpretativas, argumentativas y propositivas que

un estudiante debe aplicar a contextos singulares. Aquí, de acuerdo con una tradición cartesiana seguida por el pensamiento lingüístico de Noam Chomsky cuando opone "competencia" a "actuación", lo que les interesa a los técnicos del I.C.F.E.S es la comprobación de los saberes recibidos, se trata de una pragmática que cuestiona lo que se separa de formas y valores utilitarios, lo que está más allá de toda "reapropiación significante". Hay en la técnica del examen por competencias propuesta por el I.C.F.E.S, una concepción tradicional sobre el análisis y la crítica, el texto y el contexto, que un análisis desconstructivo debe poner en cuestión y en juego, porque se puede demostrar que pertenece a la teleología y ontología occidental.

OBRAS CITADAS

1. MILLER, Hillis. "El crítico como anfitrión". En: Ph. Lacoue -Labarthe, Paul de Man y otros, Teoría literaria y deconstrucción. Barcelona: Technos, 1994 -Trs. María José Gimeno y Manuel Asensi. pp. 157 - 170; p. 164.
2. DERRIDA, Jacques. La ley del género, Elipsis ocasionales. Pasto, 1990. Trs. Bruno Mazzoldi y Gonzalo Jiménez Mahecha. pp. 3-41; p. 16.
3. DERRIDA, Jacques. "Débats". En: Altérités. París: Osiris, 1986. pp. 69 - 94; p. 85.
4. DERRIDA, Jacques. "La democracia como promesa". Entrevista con Elena Fernandes. En: J. Derrida, No escribo sin luz artificial, cuatro ediciones. Valladolid, 1999. Trs. Rosario Ibañes y María José Pozo. pp. 95 - 103; p.103.
5. Ibíd. p. 103.
6. DERRIDA, Jacques. "¿Qué hacer de la pregunta '¿Qué hacer?' ?". En: J. Derrida, El tiempo de una tesis, Proyecto a. Barcelona, 1997. Tr Bruno Mazzoldi. pp. 29-38; p. 29.
7. ULMER, Gregory. "El objeto de la poscrítica". En: J. Baudrillord, F. Jameson y otros, La posmodernidad. Barcelona: Kairós, 1985. Tr. Jordi Fibla. pp. 125 -163; p. 134.
8. DERRIDA, Jacques. "Carta a un amigo japonés". En: J. Derrida, "¿Cómo no hablar?" y otros textos. Barcelona: Anthropos, 1989. Tr. Cristina de Peretti. pp. 86 - 89; p. 87.
9. GÓMEZ DE SILVA, Guido. Breve diccionario etimológico de la lengua española. México: F.C.E., 2001. p. 57 voz "análisis".
10. DERRIDA, Jacques. "Carta a un amigo japonés". p. 87.
11. Ibíd. p. 88.
12. Ibíd. p. 88.
13. DERRIDA, Jacques. "Resistencias". En: J. Derrida, Resistencias del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1997. Tr. Jorge Piatigorsky. pp.13 - 60; p. 37.
14. Ibíd. p. 37.
15. DERRIDA, Jacques. "Carta a un amigo japonés. Op.cit. p. 87.
16. GÓMEZ DE SILVA, Guido. Op. cit. p. 196 voz "crisis".
17. DERRIDA, J. "La amistad está siempre por venir, y sólo llegará con el superhombre,. entrevista con Cristina de Peretti. En: El Independiente -periódico-. Madrid, 24 de diciembre de 1989. pp. 2-3; p. 2.
18. DERRIDA, J. "Kant: el conflicto de las facultades". En: La filosofía como institución. Barcelona: Edit. Juan Granica, 1984. Tr. Ana Azurmendi-. pp. 21-58; p. 45.
19. HEGEL, G. W. El concepto de religión. México: F.C.E., 1981. Tr. Arsenio Guinzo-. p. 86.
20. BLANCHOT, Maurice. "La pregunta más profunda". En: M. Blanchot, El diálogo inconcluso. Caracas: Monte Avila, 1970. Tr. Pierre de Place. pp. 39-60; p. 49.

Invitación a la desobediencia e inservidumbre voluntaria

-A propósito de "la Sociedad de Poetas Muertos"-

JAIRO RODRÍGUEZ ROSALES

Si el sentido de toda creación eminente es romper con los hábitos gregarios que dirigen continuamente las existencias hacia fines exclusivamente útiles al régimen opresivo de la mediocridad, en el campo experimental crear es ejercer violencia contra lo que existe, y por ende, también contra la integridad de los seres. Cualquier creación novedosa debe provocar un estado de inseguridad: la creación deja de ser un juego al margen de la realidad; en lo sucesivo, el creador no reproduce sino que él mismo produce lo real" (...) "Todo creador es al mismo tiempo el que tienta a los demás y el que experimenta (intenta) consigo mismo y con los demás algo para crear lo que todavía no existe: un conjunto de fuerzas capaces de ejercer una acción y modificar lo existente".

Pierre Klososwki

Como nunca antes vemos con estupor y vergüenza, el triste espectáculo que ofrece esta sociedad estructuralmente fortalecida por pilares institucionales que pretenden domesticar las fuerzas salvajemente múltiples que albergan los individuos. Vemos como las instituciones de disciplina, de control y endeudamiento, creadas precisamente para favorecer los intereses capitalistas de producción, ahorro y avaricia cumplen cabalmente su objetivo, cual es el de someter y esclavizar, el de sumir en el conformismo y la mediocridad a miles de jóvenes que sobreviven a las circunstancias sin imaginación, sin sueños, sin preguntas y que todo lo ven bajo la arrogancia del que lo tiene todo claro.

Aquí donde la tradición cultural se mantiene imponiendo y transmitiendo verdades acabadas que sirven únicamente para domesticar al individuo e imponer

* Profesor Departamento Humanidades y Filosofía, Universidad de Nariño.

esquemas rígidos de comportamiento basados en la obsesión enfermiza de la Disciplina, el Honor, la Tradición y la Excelencia, en este escenario donde se forman los miedosos y mediocres, donde pululan la pereza y el conformismo, donde se traga entero todo lo que dicen los representantes de los establecimientos de la comodidad y el confort, precisamente donde el saber y el poder se han convertido en armas de presión y represión de los individuos, aquí se busca afanosamente que los jóvenes pierdan cada vez más sus capacidades de imaginación, de experimentación y de creación.

Estas instituciones de disciplina, control y deuda trabajan sin descanso para que los ejércitos de la mediocridad y la estupidez sean cada vez más grandes. Precisamente es a estas instituciones y a sus dirigentes a quienes confiamos la educación de nuestros hijos. En estos lugares donde se debería incentivar y estimular estilos y modos de vida basados en la lectura, la escritura, la investigación, el pensamiento, la experimentación y la creación; precisamente aquí, donde se debería tener como propósito fundamental la transformación y la liberación de los individuos, aquí se está echando a perder la genialidad que vive en cada uno de ellos, el rico potencial de energía y fuerza, de tal manera, que al cabo de pocas semanas de estar el joven en las jaulas represivas de estas instituciones ha perdido su autonomía, es decir, la capacidad de experimentar, de imaginar y de crear su libertad.

Esto que sucede en nuestras instituciones educativas es algo que entristece y avergüenza ya que sin la capacidad de preguntar estamos perdiendo la capacidad y la voluntad de experimentar el devenir del pensamiento. Sin la fuerza de la interrogación, algo tan sencillo y fundamental en los procesos investigativos y creativos, desaparece de los escenarios la experimentación, la imaginación y el devenir del conocimiento. Si el individuo ya no es capaz de poner en duda las verdades establecidas y cree sumisamente que lo que dicen los profesores y los adultos son las verdades acabadas que hay que repetir y repetir como en un círculo vicioso donde las tradiciones y las costumbres tiranizan la vida de los jóvenes, se está sepultando así su capacidad de soñar y de ejercer su libertad.

Sólo a partir de la creación de líneas de fuga, de experiencias intensamente vividas se puede afirmar el devenir, la nomadización del pensamiento y la desterritorialización del cuerpo, para al fin y al cabo, afirmar los encuentros que nos permitan vivir la multiplicidad, la diferencia y la singularidad; condiciones sin las cuales no sería posible hacer de nuestra vida, una obra de arte.

En estas instituciones vemos como funcionan las estrategias de represión utilizadas para someter a los jóvenes que con muchas ganas de vivir, de conocer el mundo, de comunicarse directamente con su propia naturaleza, de saborear la inmensidad y el misterio del universo ven y sienten como poco a poco se convierten en víctimas de una sociedad que practica la magia negra para hechizar y vampirizar la flor de la vida. Asimismo desfilan por la pasarela educativa pro-

fesores amarrados a métodos medievales de enseñanza, de tal manera y gracias a su trabajo, que en pleno siglo XXI, todavía vivimos bajo el oscurantismo impuesto, el dogmatismo y la tiranía que impone verdades pretendidamente universales y absolutas.

Pero lo que nos llama la atención y queremos resaltar en estas páginas, es el coraje y la valentía con que algunos jóvenes, muy pocos por cierto, están decididos a mamar la sabia de la vida, a aprovechar el día y no dejar que los segundos y los días pasen sin haber logrado exprimir el jugo que alimentará su existencia. Porque si de algo están totalmente seguros es que de ahora en adelante sus vidas serán algo verdaderamente extraordinarias, únicas, irrepetibles; para vivir en el afuera de todo modelo establecido. Dispuestos a crear estilos y modos de vida singulares, absolutamente diferentes. Para vivir poéticamente y alimentar de esta manera las experiencias con imaginación y pensamiento, para al fin, hacer de la vida una fiesta. Fiesta de curación, de risa, de alegría, de éxtasis, de música, de danza y de esta manera expulsar de su cuerpo y de su mente todos los sentimientos que generan el miedo y que lo paralizan, para gritar al fin de alegría y vivir plenamente. Para afirmar el ejercicio de su libertad.

Estos jóvenes rebeldes a todo tipo de verdad e imposición están dispuestos a vivir cueste lo que cueste. A dejar en libertad el artista, el poeta, el loco que vive en cada uno de ellos. Devenir artistas de su propia vida. No quieren morir sin haber experimentado en carne propia sus deseos y pulsiones, están decididos a no entregar su cabeza a ningún postor, llámese: familia, escuela, ejército, empresa, sociedad de consumo, etc., serán la parte maldita de la sociedad de producción y consumo, fieles a la desobediencia e inservidumbre voluntaria.

Decididos a ser "Actores o Nada", a experimentar con su propio cuerpo, para vivir el devenir de su propio pensamiento, para sentir que de su corazón surge la fuerza de la pasión que los hace crear líneas de fuga, están dispuestos a nomadizar su pensamiento, a desterritorializar su cuerpo, a transgredir la ley que los reprime; por eso, no se cansarán de gritar hasta que sus palabras sean escuchadas, hasta que sus sueños se hagan realidad. Serán los actores trágicos que sienten desde las profundidades de la vida, que la existencia vale la pena ser vivida, siempre y cuando cada uno sea el piloto de su propia existencia, artista de su propia vida, creador de su propio destino.

Estos jóvenes poetas, locos poetas, están decididos a experimentar y crear, para vivir y poder así afirmar la multiplicidad que habita dentro de sí, para vivir la diferencia y la singularidad, para resistir la tiranía y el fascismo, para resistir los mecanismos de control y opresión creando líneas de fuga, para poner en duda las verdades establecidas por las relaciones del saber y del poder de una sociedad que parece que lo único que le importa es la sumisión borreguil de aquellos que pueda controlar y explotar.

De esta manera, los jóvenes poetas despiertan y despliegan la fuerza salvaje y múltiple que estaba reprimida, domesticada, para así ir encarnando el pensa-

miento indomesticable, salvaje y loco del poeta, que en su momento preferirá el suicidio al sometimiento, a ser un animal de carga más que tiene que obligatoriamente seguir el juego sucio de reproducir unas costumbres y unas tradiciones que están totalmente lejos de la vida, que está harto de la esclavitud y de la explotación, está cansado de la repetición mecánica de las supuestas verdades; es más, sabe que la sociedad vive de mentiras establecidas como verdades y que su único fin es asesinar a la juventud y de esta manera, acabar con las capacidades de crítica, imaginación, experimentación y creación. En últimas hacer de la vida algo triste, hacer del mundo un valle de lágrimas.

Ante el aburrimiento y la pérdida de tiempo que representa el sistema educativo vigente, donde la transmisión de información y conocimientos se repiten sin cesar, ante la indiferencia e insensibilidad que confirman la incapacidad para abrir espacios para pensar, investigar, criticar y crear, constatando la actitud sumisa, conformista y borreguil frente a lo diseñado por ministerios y secretarías de educación; el Artista, decide y está dispuesto a trans-valorar los valores vigentes, a salir de los esquemas tradicionales, para asumir una posición crítica de todo lo establecido, ya que lo único que quiere es experimentar con su propio cuerpo el devenir del pensamiento para afirmar plenamente la alegría de vivir.

Para eso expone su vida al peligro inminente de morir una y mil veces si es necesario, para renacer de sus propias cenizas, para confirmar que estar vivo es estar dispuesto a transformarse, a cambiar, a metamorfosearse. En fin, lo único que quiere, es que lo dejen vivir su propia vida. Está cansado del abuso de autoridad de directivos, profesores y padres de familia que creen que lo saben todo, pero lo que demuestran es su propia ignorancia, su estupidez y su arrogancia.

El loco poeta, no quiere seguir siendo un animal de carga. No quiere seguir jugando a ser un esclavo, ni un animal doméstico. Está cansado de su actitud sumisa y borreguil, por eso decide aceptar que dentro de él habita un ser salvaje, indomesticable, nómada, que detesta las cadenas y el calor de los establos, que aborrece las rutinas diarias, el conformismo y lanza un grito salvaje que hace tambalear las pilastras de las instituciones, que hace estremecer de miedo a la manada borreguil que siente en el filo de los colmillos del animal salvaje gotear el color rojo de su propia sangre.

El loco poeta decidido a vivir su propia vida, a luchar hasta el final por mamar la savia de la vida, cueste lo que cueste, acepta su propio reto, el de abrir su propio camino, ese camino peligroso que implica pensar sin las muletas y que lo conducirá a vivir una experiencia singular, única, que lo hará afirmar su propia singularidad y en la diferencia la multiplicidad de quien se ve perseguido por un sin número de preguntas sin respuestas. Él mismo es una interrogación nómada que sin descanso ha emprendido un viaje sin retorno, que ha decidido dejar la comodidad del establo, que se vuelve habitante del desierto, amante de la soledad y del silencio.

El loco poeta decide hacer una inmensa fogata con el montón de libros que plantean las preguntas y las respuestas de otros, que contienen la sabiduría de otros, porque también se cansó de la sabiduría de los libros, ahora sólo quiere escuchar la voz de su propia sabiduría, la voz de su propia experiencia, la voz y la palabra de su propia cuerpo. Su cuerpo, ése libro que todavía no ha sido escuchado, que todavía no ha sido leído. Entonces, alrededor de la hoguera danza de alegría, de éxtasis. Una fiebre extraña lo posee y ve entre el humo que sube al cielo como las verdades universales, las verdades dogmáticas se retuercen agónicamente ante la presencia de verdades intempestivas, verdades singulares, verdades inactuales, musicales y por tanto, más jóvenes, alegres y vitales.

El loco poeta cansado de la sabiduría tradicional, de las verdades acostumbradas, decide saborear su propia sabiduría, la sabiduría del cuerpo, la sabiduría del corazón, la sabiduría de los instintos y de las pulsaciones, la sabiduría de la locura y del sin sentido, la sabiduría del loco poeta, la sabiduría del artista, la sabiduría del caos, esa sabiduría que ha sido condenada al silencio por el Estado en nombre de la razón, la ciencia, la religión, la estupidez y el dogmatismo.

El loco poeta incita a sus amigos a una desobediencia e inservidumbre voluntaria, a no seguir aceptando la tiranía sacerdotal de quienes se autodenominan portadores de la verdad. Ha decidido ejercer su propia libertad. Saborear la miel de la libertad y vivir plenamente la vida; sin restricciones, sin limitaciones, sin verdades prestadas, sin pensamientos negadores de la vida; por tanto, se ha convertido en actor de su propia vida para no seguir re-presentando los papeles que dan los libretos; porque no hay libretos cuando de lo que se trata es de vivir intensamente la vida; no hay re-presentación cuando de lo que se trata es de presentar en la lentitud intensa de la velocidad el despliegue de la fuerza salvaje, fuerza indomesticable que se hace, poesía, música, danza.

El loco poeta harto de lágrimas y tristeza y en un acto de suprema autocuración decide por fin danzar y reír; hacer de la vida una fiesta, para sacar el miedo, para salir de la parálisis a la que ha sido sometido, para experimentar el movimiento en sus propios músculos, en sus propios nervios, para sentir el placer y el éxtasis de estar vivo. El poeta acaba de una vez por todas con la tiranía y el juicio de Dios. De ahora en adelante, no aceptará el juicio venga de donde venga y desterrará para siempre el sentimiento de culpa que siempre ha pretendido entristecer su vida. El loco poeta, despreocupado y burlón, irónico y violento deja ver en su rostro que se dibuja una risa salvaje y loca para que jamás lo paralicen esos sentimientos de culpabilidad que se pretendió sembrar en su corazón.

El loco poeta decide desterritorializar el valle de lágrimas y mostrar que después de la muerte viene el renacimiento del cuerpo, el renacimiento de la carne para afirmar de una vez por todas que la carne y la sangre son espíritu. Así, entonces acudimos al renacimiento de un joven que adormecido y domesticado por las instituciones de disciplina, de control y endeudamiento saborea su propia libertad, la libertad incluso de optar por el suicidio antes que dejar capturar su cuerpo

y su pensamiento por la voracidad de la sociedad capitalista, esa sociedad que ha hecho de la vida de los individuos objetos de explotación y sumisión.

El joven poeta sabe que lleva un genio dentro de sí y decide seguir su propia voz antes de entregarse a la comodidad y el aburrimiento del rebaño, por eso hace una hermenéutica de su propia existencia, hace una lectura del libro de su propia vida, escrito con singulares experiencias que son las que de alguna manera le han permitido conocerse y conocer el mundo para hacer de su vida una obra de arte.

Ahora el joven poeta, escribe con su propio cuerpo, escribe con sangre, para curar la existencia, para sanar la vida, su escritura es música y danza, escritura imperceptible, inaudible para aquellos que todavía no despiertan del sueño que prolonga la estupidez y la arrogancia borreguil.

Última voluntad

Morir así,
como un día lo vi morir,
al amigo que relámpagos y miradas
divino lanzó en mi oscura juventud.
Atrevido y profundo,
un bailarín en la batalla;

El más risueño entre los luchadores,
el más serio entre los vencedores,
manteniendo un destino sobre su destino,
duro, meditabundo, premeditante:

Estremeciéndose porque vencía
exultante porque muriendo vencía:
dando órdenes mientras moría
y ordenada que se aniquilase...

Morir así,
como un día lo vi morir
venciendo, aniquilando...

Friedrich Nietzche

Valle de las Piedras, marzo de 2004

La intrusa es el espejo

ADRIANA ALEXANDRA ALBORNOZ*

Te agrega horror, cosa de magia que osas
Multiplicar la cifra de las cosas
Que somos y que abarcan nuestra suerte.
Al espejo – Jorge Luis Borges

Entre los temas y motivos borgeanos, el referente al espejo ocupa un lugar fundamental, la mayoría de sus cuentos juega con la realidad entendida como imagen proyectada en el espejo, y aunque considera que el mundo, por desgracia, es real no deja de expresar que su destino, como el del hombre, radica en su transformación en componentes de ficción. Para existir, el ser humano debe entenderse en su dimensión lingüística, que le confiere la oportunidad de escribirse, de autoinventarse, de hacer perdurar su "alma arbitraria". El espejo permite al hombre existir y perdurar "en vidas ajenas", ante todo cuando se es "el espejo y la réplica de quienes no alcanzaron tu tiempo y otros serán (y son) tu inmortalidad en la tierra"[1].

"La intrusa", cuento que hace parte de "El informe de Brodie", es una narración que puede considerarse directa y realista, tal como lo afirma Borges en el prólogo, al hablar de este conjunto de cuentos. Este cuento se abre con una referencia bíblica que no conduce a ningún texto, de seguro Borges plantea a su lector un juego, juego en el que me involucro desarrollando un pequeño ejercicio de interpretación[2], a partir del cual obtengo distintas citas, entre las que selecciono las siguientes:

---

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

1. BORGES, Jorge Luis. "Inscripción sepulcral". En: Fervor de Buenos Aires, Obras Completas 1923-1972. Buenos Aires: Emecé, 1974. p. 24.
2. A partir de la referencia: 2 Reyes, I,26, obtengo otras referencias asi: 1 Reyes, I,26;1 Reyes, II,26; 1 Reyes, I,2-6; 1 Reyes, II, 2-6; 2 Reyes, II, 26, que no existe; 2 Reyes, I, 2-6;2 Reyes, II, 2-6.

- 1 Reyes, I, 2-6: "Dijéronle entonces sus servidores: 'Que busquen para mi señor, el rey, una joven virgen que le cuide y le sirva; durmiendo en su seno, el rey, mi señor, entrará en calor'. Buscaron por toda la tierra de Israel una joven hermosa, y hallaron a Abisag, sunamita, y la trajeron al rey. Era esta joven muy hermosa y cuidaba al rey y le servía, pero el rey no la conoció. Adonías hijo de Jaguit, había levantado sus pensamientos y decía: 'Yo reinaré'. Se había hecho con carros y caballos y cincuenta hombres que corrieran delante de él; y su padre nunca se lo había reprochado, diciéndole: '¿Por qué haces eso?' Era, además, Adonías de hermosa presencia y había nacido después de Absalón".

"No faltaron comentarios cuando Cristián llevó a vivir con él a Juliana Burgos. Es verdad que ganaba así una sirvienta, pero no es menos cierto que la colmó de horrendas baratijas y que la lucía en las fiestas... Juliana era de tez morena y de ojos rasgados, bastaba que alguien la mirara para que sonriera. En un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres, no era mal parecida".[3] Cristián Nelson se ratifica en su fortaleza, en su calidad de amo, él se halla en condiciones de escoger a la mujer que desea mostrándola como su propiedad. La mujer más bella es para el rey y, además, ella debe servirle, por tal razón la Juliana no se niega ante el mandato de Cristián y acepta ser la amante de Eduardo, quien de antemano había deseado reinar sobre ese cuerpo; para Cristián la entrega de la Juliana es insignificante y, más que un regalo, es una orden para Eduardo: "Ahí la tenés a la Juliana; si la querés, usala. El tono era entre mandón y cordial".[4]

- 1 Reyes, II, 2-6: "'Yo me voy por el camino de todos: esfuérzate, pues, y sé hombre. Sé fiel a Yahvé, tu Dios, marchando por sus caminos, guardando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos como están escritos en la Ley de Moisés, para que seas afortunado en cuanto hicieres y donde quiera que vayas; de manera que cumpla Yahvé su palabra, la que a mí me ha dado, diciendo: Si tus hijos siguen su camino ante mí en verdad y con todo su corazón y toda su alma, no te faltará jamás un descendiente sobre el trono de Israel. Bien sabes también tú mismo lo que me ha hecho Joab, hijo de Sarvia; lo que hizo con los dos jefes del ejército de Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Meter, que los asesinó, vengando la sangre de guerra durante la paz, con lo que echó sangre de guerra en el cinturón de sus lomos y en las sandalias de sus pies. Haz, pues, conforme a tu sabiduría y no dejes que sus canas bajen en paz a la morada de los muertos'".

Al parecer la sangre ha marcado la vida de los hermanos Nelson, "no es imposible que debieran alguna muerte", razón por la cual estaban condenados a se-

3. Borges, Jorge Luis. "La intrusa" en El informe de Brodie, Obras Completas 1923 – 1972, Buenos Aires: Emecé, 1974. p. 1026.
4. Ibid. p, 1026.

guir unos preceptos que hacían posible su opción de vida, privilegio que no podían perder y mucho menos por la inoportuna aparición de la Juliana, quien se convierte en manzana de la discordia y por lo tanto debe ser eliminada para conservar el orden creado para su ficción. No podían continuar buscando "razones para no estar de acuerdo", porque sólo su pacto de sangre había permitido que transgredieran la ley divina.

- 1 Reyes, II, 26: "Luego dijo el rey al sacerdote Abiatar: 'Vete a tus tierras de Anatot. Tú merecías la muerte, pero yo no quiero hacerte morir ahora, por haber llevado el arca de Noé delante de David, mi padre, y porque participaste en los trabajos de mi padre'".

Para Eduardo y Cristian el convenio es imposible de romper, por tal razón la muerte de alguno de ellos es inconcebible, aún más si es a manos del otro, lo único admisible es el sacrificio de quienes se convierten en instigadores de la contienda. Caín no puede y, mejor, no quiere matar a Abel porque sabe que sus padres son los causantes del estigma y por tanto quienes deben expiar la culpa.

- 2 Reyes, II, 2-6: "y dijo a Eliseo: 'Quédate aquí, te ruego, pues Yahvé me manda ir a Bétel'. Eliseo respondió: 'Vive Yahvé, y vives tú, que no te dejaré'. Y bajaron ambos a Bétel. Los hijos de los profetas que había en Bétel salieron al encuentro con Eliseo y le dijeron: '¿Sabes tú que Yahvé alzará hoy a tu señor sobre tu cabeza?' El respondió: 'Sí, lo sé; callad'. Elías le dijo: 'Eliseo, quédate aquí, te lo ruego, pues Yahvé me manda ir a Jericó'. Él le respondió: 'Por la vida de Yahvé y por tu vida, que no te dejaré'. Y llegaron a Jericó. Y los hijos de los profetas que había en Jericó se acercaron a Eliseo y le dijeron: '¿Sabes tú que hoy va a tomar Yahvé a tu señor, (elevándolo) sobre tu cabeza?' Y él les respondió: 'También lo sé; callad'. Elías le dijo: 'Quédate aquí, te lo ruego, pues Yahvé me manda ir al Jordán'. Y él le respondió: 'Por la vida de Yahvé y por tu vida, que no te dejaré'. Y siguieron ambos su camino".

Los hermanos Nelson son fieles, están llamados a protegerse y mantenerse resguardados por su hermandad, el sino interno que los une trasciende el conflicto sentimental que los envuelve, la traición no es factible ante sus ojos, su camino es siempre la misma senda.

Desde la perspectiva del hombre autoinventado es posible notar que "La intrusa" expone el juego del espejo en la necesidad de su ausencia; para esto asumo tres elementos fundamentales, con su respectiva correspondencia en la narración: lo real/Cristian Nelson, el espejo/ Juliana Burgos y la imagen/ Eduardo Nelson. Los hermanos Nelson mantienen una rivalidad en latencia, probablemente cultivada por sus padres y fortalecida por su propio carácter; aunque Cristian y Eduardo guardan una rudeza homogénea, Cristián siempre lleva la delantera, es la voz de mando y Eduardo se limita a ser su eco, a ejecutar su

decreto. Al parecer el orden se mantiene sin discriminación, ninguno nota su desventaja, hasta que aparece Juliana Burgos como factor disociador, ella permite ver la imagen real, el proceso del menos fuerte.

Compartir a la Juliana no es un crimen en contra de ella, a la larga ella es "una cosa", el crimen se comete en contra de la propia existencia, cada uno de los Nelson ataca a su hermano y por tanto a su propio yo cargado de vanidad. Pero, ¿Cuál es el dolor?, precisamente saber que "entre las cuatro paredes de la alcoba hay un espejo, ya no estoy solo. Hay otro".[5] Un otro que habla con otra voz, una exclamación que envuelve el placer y conduce a la pugna, al reconocimiento del antagonista que se sumerge en la liquidez del espejo y disfruta del cuerpo de tez morena. La Juliana permanece en la mitad, sin moverse, sin poder elegir, limitada a esperar que alguno caiga sobre ella y se contemple, que observe su rostro igual al del otro, enmarcado por la "melena rojiza", y grite, en la mitad del éxtasis, su rabia al saber que ese otro también ha visto la luz.

El sexo de la Juliana se convierte en un trofeo, que cada cual quiere para sí, pero a pesar de ello no pueden escapar del terror que les provoca saber, en medio de la cópula, que no pueden ser sin el otro, se requieren para afirmarse, para descubrirse y ver su rostro olvidado, aquella faz que algún día se sobrecogió desconcertada ante la verdad, Caín no mató a Abel, tan sólo hizo de él su reflejo: "Malquistarse con uno era contar con dos enemigos".[6] Esa certeza es la que hace cómplices a los Nelson; el crimen bíblico se evapora, Caín y Abel hacen un pacto que sellan con la sangre de sus deudos, de los cuales "nada se sabe ni de donde vinieron". Esos padres expulsados del paraiso deben expiar la culpa, ser los encargados de mantener el orden que su pecado instaura en la tierra, un orden que se escapa de las manos de su Dios.

El hecho de poseer a la Juliana revive el viejo conflicto, ella recuerda la predilección divina, y aunque "atendía a los dos con sumisión bestial;... no podía ocultar alguna preferencia por el menor, que no había rechazado la participación, pero que no la había dispuesto".[7] De esa manera Juliana entre a desempeñar el papel de Dios, ser omnipotente que maneja los hilos de la vida, pero que en el caso de Juliana tan sólo se limita a halar los hilos del rencor que se había albergado en el alma de los hermanos. Sin embargo, el decreto ya se encuentra establecido y los Nelson no están dispuestos a romperlo, deben apartar a Juliana de su secreto, ella no puede reflejarlo, porque al hacerlo estaría reproduciendo la marca en lo íntimo de sus almas, el sello plasmado en su ser.

---

5. Borges, Jorge Luis. "Los espejos" en El Hacedor, Obras Completas 1923-1972, Buenos Aires: Emecé, 1974. p. 814.
6. Borges, Jorge Luis: "La intrusa" en El informe de Brodie, Obras completas 1923-1972, Buenos Aires: Emecé, 1974. p. 1026.
7. Ibíd. p. 1027.

Es por ello que lo único que les queda es hacerla a un lado, los Nelson no pueden convivir con la verdad, les es imposible conocer la realidad, necesitan mantener la ficción que crearon, la mentira que de forma cruel les hizo salvarse de la condena que el rencoroso Dios les impuso: la muerte y el oprobio. Su verdad no podía ser deshecha, debían seguir viviendo en el caserón de ladrillo sin revocar, durmiendo en los catres de sus habitaciones desmanteladas, manteniendo como lujos "el caballo, el apero, la daga de hoja corta, el atuendo rumboso de los sábados y el alcohol pendenciero".[8] Para los Nelson, todo esto se había convertido en su salvación, pero la Juliana había llegado para revivir su culpa y ellos precisan de una nueva redención, de un nuevo Cristo; la Juliana debe ser inmolada, para que no haga "más perjuicios". Sin el espejo no hay reflejo, la realidad del crimen no existe en la medida en que no se ve, la muerte de Abel nunca fue porque: "Todo acontece y nada se recuerda en esos gabinetes cristalinos".[9] Cristián y Eduardo pueden seguir escribiendo su historia en las últimas páginas de la "gastada Biblia de tapas negras", aquella ficción en la que ahora se ven atados por "otro vínculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla".[10]

8. Ibíd. p. 1025.
9. BORGES, Jorge Luis. "Los espejos" en El Hacedor, Obras Completas 1923-1972. Buenos Aires: Emecé, 1974. p. 815.
10. Ibíd. p. 1028.

Nova tortius terrarum orbis

PABLO FELIPE GARCÍA SÁNCHEZ*

Los geógrafos medievales habían ampliado considerablemente la creencia en seres extraños y fantásticos, legado de Plinio II el Viejo, de Andrónicus Mela (s. I) y de otros autores antiguos. Para ellos la zona tórrida estaba habitada por hombre monstruosos y deformes. El mapa de Ricardo de Haldingham (fines del s. XIII), existente en la catedral de Hereford, nos da un desfile completo de estos entes imaginarios; he aquí algunos de ellos: la mandrágora, planta de rostro humano; los monóculos, que poseen un solo ojo y una sola pierna; los parvini, que tienen cuatro ojos; el ave fénix; el éalo, con cuerpo de caballo, cola de elefante y mandíbula de cabra; en la India la misteriosa mantígora, engendro de cuerpo de león, rostro humano y cola de escorpión; los shogot; y muchos otros monstruos descritos detalladamente por los autores.

Pero ninguno de estos hombres alcanzó la importancia que obtuvo Jean Blaw, geógrafo holandés que vivió en el siglo XVI, y que con su mapamundi Nova Tortius Terrarum Orbis, logró trascender más allá de sus límites temporales. En este se muestra la tierra como una esfera irregular, algo ovoide, con ciertas hendiduras espaciales situadas en puntos estratégicos, que según el autor, sirven para mantener la puerta del Tártaro sellada. Tales puntos son parecidos a los hoyos negros expuestos por Hawking en su teoría sobre las Transposiciones Interdimensionales, con la diferencia que estos, los de Blaw, están situados en el mismo planeta.

Para usar la terminología de Jean Blaw, denominaremos estas hendiduras espaciales como puntos ciegos. Los puntos ciegos descritos por el geógrafo holandés son tres a saber: el primero se sitúa en la extraña Isla de Pascua (Rapa Nui), el segundo en el mal denominado Triángulo de las Bermudas (Limbo del Diablo) y el último se sitúa a doscientos kilómetros de las costas griegas (¿Atlántida?).

* Estudiante Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

Tales hoyos negros terrestres servirían para darle un equilibrio dimensional al planeta, con el fin de no chocar con los mundos paralelos que se esconden en el ombligo mismo de la tierra. Los puntos ciegos son de cierta manera cerraduras que imposibilitan las transmutaciones temporoespaciales, y hacen prevalecer en la tierra una única realidad similar para todos. Pero esto no quiere decir que dichos puntos sean totalmente seguros. El mismo Blaw afirma en sus memorias haber tenido una experiencia interdimensional al pasar por el hoy llamado Mar de los Sargazos. A continuación algunas líneas de su "extraño viaje": "Cerca del atardecer, la embarcación en que me transportaba fue atraída por cierta energía cónica que inmovilizó nuestro movimiento. El mar se transformó por breves instantes en tórridas montañas, el sol tomó la forma camaleónica de la luna, y el viento del norte adoptó la figura danzante de las tormentas de arena..." ¿A qué se debe este supuesto viaje temporoespacial? Y ¿qué quiso decir con energía cónica? Éste no ha sido en único viaje temporoespacial descrito a través de la historia y a decir verdad es el menos conocido, ya que es muy sabido por todos la extraña desaparición del vuelo 19[1], hecho por el cual el Limbo del Diablo cobró gran fascinación entre los hombres de ciencia.

Actualmente han tomado vigencia las teorías del doctor August Solón, eminente historiador e incondicional admirador de Blaw. Él afirma que los puntos ciegos son umbrales que conectan el tiempo y el espacio a un gran campo magnético cilíndrico, lugar en el cual se gesta la creación de realidades que colindan con la nuestra, y que en ciertos momentos azarosos logran traspasar su dimensionalidad, causando trastornos a nuestra cotidianidad, creándose así los denominados deja-vú[2].

En un aparte de su libro "Viaje a través de la nada", August Solón explica la singular visión de Blaw, al pasar por el mencionado lugar: "La embarcación de Blaw pasó en el instante mismo en que los cuantos temporales (pasado – presente - futuro), chocaron entre sí, formandose una imagen sincrónica que afectó el espacio por unos instantes... a fortuna de él está, que tal fricción duró pocos segundos, ya que pudo haber quedado adherido a dicha imagen, encerrándose así por siempre en el cuadro eterno de su visión".

Este encierro, según Solón, pudo ser el causante de la extraña desaparición de la Atlántida, civilización que se encontraría viajando caóticamente a través de dimensiones diferentes, sin la posibilidad de la muerte (ya que sus habitantes no tendrían un comienzo y un final), pero sí con la angustia de recordarlo todo.

---

1. Cinco bombardeos estadounidenses tipo torpedo abandonaron Fort Lauderdale el 5 de diciembre de 1945, en un vuelo de entrenamiento rutinario y con buenas condiciones meteorológicas. Ninguno volvió. Incluso el hidroavión que se envió a buscarlos desapareció.
2. Los deja-vú son construcciones concretas, creadas a partir de abstracciones inconscientes imágenes distorsionadas de momentos supuestamente ya vividos, pero que hacen parte activa de la discontinuidad de los planos dimensionales.

Queramos creer o no en dichas hipótesis, los puntos ciegos son un total misterio, que aún hoy, después de cinco siglos, siguen generando en el hombre gran incertidumbre: la Isla de Pascua con estatuas colosales, rostros enormes que se yerguen en la soledad de Rapa Nui observando hacia el cielo; el limbo del Diablo, con su distorsión temporoespacial que arrastra los objetos a épocas distintas o a otras dimensiones; el tercer punto ciego que habría atraído hacia el vacío la majestuosa Atlántida, nombrada por Platón en dos de sus diálogos (Timeo y Critias), y que hoy, es el símbolo máximo de lo enigmático.

Despersonificación y desdoblamiento de Jorge Malabia en "Para una tumba sin nombre"

DIANA ISABEL MOLINA RODRÍGUEZ*

Apesar de que el objeto de este ensayo es analizar a Jorge Malabia como partícipe en la construcción de una historia, creo que no es posible hacerlo sino analizando su presencia o no en cada uno de los personajes que a continuación enumeraré, porque Jorge Malabia podría ser cualquiera de ellos (El habilitado de Miramonte -Cáceros-, o Jorge Malabia, o el médico, o Tito, o Ambrosio, o el hermano Federico). Inicialmente descarto a Rita, a su prima, a su ama Julita, lo cual no significa que no las utilice para descifrar el método que yo llamaré de desdoblamiento y despersonificación de los personajes.

DESPERSONIFICACIÓN Y DESDOBLAMIENTO

Observar este fenómeno en el objeto de la historia (Rita), es más sencillo. Su presencia se hace evidente en tres personas diferentes. El narrador es claro en aceptar que pudo haber enterrado a otra persona (la prima); finalmente, la Rita

* Egresada Facultad de Derecho, Universidad de Nariño.

mucama no es la misma que el narrador – personaje vio en la estación del tren, dada la incoherencia cronológica; pero las tres contienen un único registro relevante para Jorge: él las desea. Así las cosas, Rita fue la mucama, la muchacha de la estación y la prima de esta muchacha.

Sin embargo, con Jorge Malabia este fenómeno no puede ser visto de una manera tan elemental, porque ninguno de sus personajes tiene un registro relevante que lo caracterice como en el caso anterior o, por lo menos o alguno que pueda descifrarse desde la obviedad.

No pretendo afirmar que es mi teoría la definitiva y que esta excluye a otras posibles, por lo cual menciono dos más, aunque sólo desarrollaré la tercera.

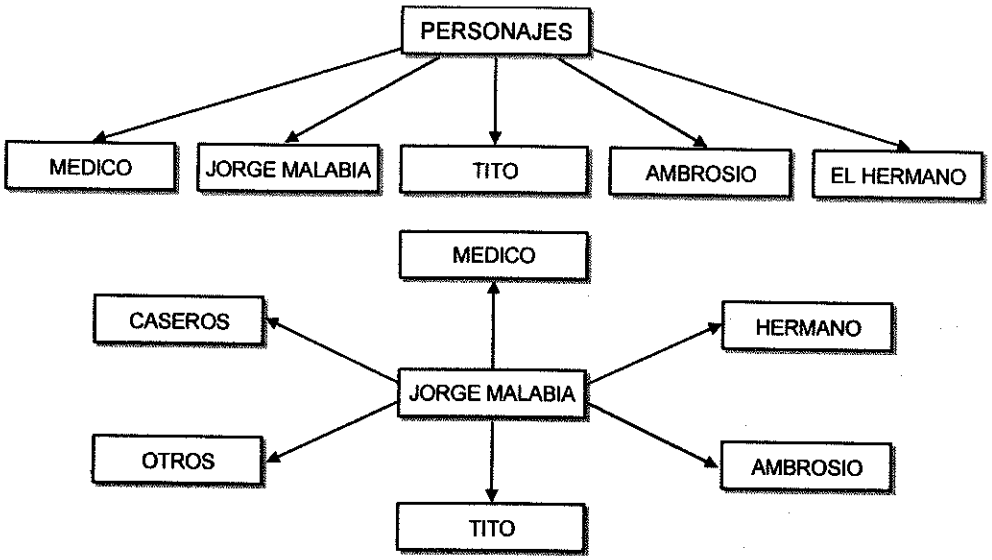
PRIMERA POSIBILIDAD: Que sean seis personajes involucrados en la historia:

1) El habilitado de Miramonte -Cáceros-; 2) Jorge Malabia; 3) El médico; 4) Tito; 5) Ambrosio; 6) El hermano

En este caso, la historia sería un juego planeado por todos ellos para burlarse de nosotros (los lectores), entonces no nos quedaría mas que imaginar el capítulo cero o el epílogo, donde aparecerían todos alrededor de una mesa riendo y ubicando a su antojo el papel que le correspondería. Alegando tal o cual parte de la historia y terminando en un rompimiento que desembocaría con la decisión final de adjudicarse cada uno la libertad de hacer y contar la historia a su modo.

SEGUNDA POSIBILIDAD: Que Jorge Malabia sea un sólo testigo: El protagonista de la historia. Es decir, que tan sólo sea un ejercicio de alucinación.

El personaje trae a sus diferentes "yo" para construir una historia: el anhelado, el observador boyerista, el cómplice de su propia soledad, el oscuro, el aberrado, etc.



TERCERA Y ÚLTIMA POSIBILIDAD: Que sean tres o cuatro personajes en dos tiempos: 1) El habilitado de Miramonte -Cáceres-, Jorge Malabia, el médico y Ambrosio: uno solo; 2) Tito, 3) El hermano. Todos estos en un tiempo primero. 1) Jorge Malabia, El médico y escritor: uno solo; 2) Tito; 3) Ambrosio. Todos en un segundo tiempo

Para esta teoría también se producen ejercicios de alucinación, pero además se entremezclan tiempos, intervienen personajes autónomos, etc. Cabe además el fenómeno de dejar vacíos a todos los personajes, de quitarles todas sus posibles identidades y ponerlos a voluntad de la historia. Algunas veces el narrador-protagonista no quisiera evocarlos, otras lo hace por su cuenta, pero todos son unos fantasmas, son fragmentos de uno solo, son -en su mayoría- él mismo desdoblado.

TIEMPO 1

Organización de los personajes

1. *(Cáceros o el Habilitado de Miramonte)*

Es fácil deducir que Cáceros -el habilitado de Miramonte- es el mismo escritor observador.

Inicialmente por el del vidrio. Cuando Cáceros se le acerca, el primer narrador muestra una sutil perturbación del vidrio al frente. El narrador dice:

"... mirando el torbellino blanco que habían dejado en el vidrio de la ventana el jabón y el estropajo, convenciéndome que el verano estaba cerca".

Lo vuelve a mencionar:

"... a través de la ventana enjabonada, miré con entusiasmo el verano en la plaza, intuí una dicha más allá de las nubes secas en los vidrios..."

No es el vidrio sucio lo que le perturba en realidad, ni que se encontrara enjabonado u otro apelativo; lo que le resulta molesto es no poder ver el vaho de su respiración impregnado en el cristal; es la evidencia que apura a cubrir con las descripciones del verano, del jabón, de las nubes. En el diálogo no hablan dos, uno de ellos no respira, el que mira a la ventana. Es sólo una nueva evocación traída por la historia pese a la voluntad del personaje. El dice:

"Yo fumaba, repito desviando la cara para hacerle entender que debía irse..."

Con la expresión "debe irse" es como si presintiera la venida de una desgracia: la iniciación de la historia y del delirio. Quiere hacerle entender, porque sabe que es él mismo y que quizá podrá controlarlo; y esa impotencia, esa resignación a continuar escuchando lo que ya sabe que va a escuchar, primero es una situación tensionante para el lector, luego es sólo una sensación desagradable, finalmente olvida que se ha desatado el desdoblamiento y se entretiene con las contradicciones del narrador. Cita el texto:

" Después mencionó al chivo -fue esa la primera noticia que tuve y podría no haberla oído-".

A pesar de que este personaje aparece en dos momentos aparentemente diferentes, es decir, el uno (Cáceres) le recepciona la petición del entierro, el segundo (El médico) es un observador que llega al lugar acordado, Jorge Malabia cita a una sola persona que en últimas es la misma, la que debe cumplir con la función del acompañamiento, de la observación de los hechos. Debe cumplir con de ayudarle a enterrar.

El narrador dice:

"Serían **las cuatro y media** cuando vi o empecé a ver con desconfianza, casi con odio".

Cuando Jorge Malabia entabla su primer diálogo, lo interroga acerca de por qué está ahí y, luego como de antemano conociendo su identidad le formula una pregunta propia de su oficio. Dice:

"- Porque tengo un certificado en regla. ¿o vino a practicarle la autopsia?"

Es un mismo narrador, un mismo citado, sólo que en esta parte del texto cambia de profesión; además, según insinúa la misma historia, Miramonte (Cáceres) no tenía ayudantes.

2. *(Federico)*

Ahora pasaremos a descartar que el hermano Federico es una parte de él mismo

Inicialmente podría creerse que su hermano también es alguna parte de Jorge. Podría ser el hijo que ha muerto para la familia por la irrupción brusca de sus pasiones y sus aberraciones. Pero no es así. Aunque Federico tampoco es mas que un recuerdo, es un recuerdo autónomo, con personalidad propia y sin alguna calidad que pudiera relacionarle con el personaje. El hermano era la representación de integridad, de altruismo, de perfección social... Jorge Malabia, aunque respeta a Federico jamás desearía ser como el, por lo menos no en esta historia.

"- ...eran dos. Una gran persona Federico."

3. *(El médico)*

Antes de empezar con la siguiente evocación diremos que la trama no obliga a traer un fantasma, es él quien necesita de uno esta vez. Enterrar era algo tan duro, que no podía soportarlo. Entonces crea a alguien con quien compartir su pena y sus fantasías. Pero en realidad siempre estuvo solo. De todas maneras -sin importar el número de fantasmas colaboradores- Jorge Malabia nunca supo enterrar nada; ni a Rita, ni a sus instintos, ni a sus remordimientos.

La evocación a la que nos estamos refiriendo -el médico- no es mas que el futuro del muchacho del entierro, es una parte suya, lo anterior lo afirmo sustentada en lo siguiente:

Jorge Malabia es un estudiante de alguna profesión liberal, dada su posición social. Teniendo en cuenta que en Montevideo para la época existían quizá sólo dos profesiones de prestigio: La abogacía y la medicina y que, según las características de Santa María no eran necesarios los abogados, Jorge Malabia debía estar estudiando medicina. Entonces no es coincidencial que el acompañante sea médico.

Además, desde el segundo capítulo, que es precisamente el momento de la historia en la cual Jorge Malabia (estudiante) narra los sucesos de Rita y el Chivo, empieza a utilizar el siguiente signo de puntuación: ("). Cada ves que Jorge Malabia (estudiante) interviene, se abren unas comillas al revés. Es claro que las comillas se usan en los textos para introducir una voz ajena, una intertextualiad. Cuando el narrador pone las comillas al revés sugiere que trae una voz ajena, si, pero la idea es dicha e inventada por él mismo.

Así las cosas, el médico, el que lo escucha y que además se encuentra narrando los hechos, es la evocación de su futuro.

Pero en los capítulos IV y V el médico añora su juventud e inventa un muchacho para contarle sus añoranzas y para desenterrar a Rita.

Empieza en el cuarto capítulo evocando el verano o la huida -que es lo mismo-, describe a un nuevo personaje, un nuevo Jorge Malabia. Cita el texto:

"Era un Jorge Malabia parecido a su pariente Marcos... Mas grande pero no mas gordo..."

En otro párrafo dice:

"Después que nos vimos... estuvo aprendiendo a juzgar, a no querer a nadie... Pero no había llegado aún a quererse a si mismo, a aceptarse... Estaba en la edad del miedo, se protegía con dureza de la intolerancia"

También puede verse que ahora el muchacho, el estudiante, no es real; es una aparición. Cita el texto:

"Me llamo Jorge Malabia: No sucedió nada antes del día de mi nacimiento; y si yo fuera mortal, nada podría suceder después de mi".

Tampoco es cierto que ha pasado un año, él mismo lo revela, dice:

"Ya había casi olvidado la historia de Rita y el Chivo; cuando lo vi entrar y poner la botella sobre la mesa solo pude pensar en otra mujer, en el recuerdo de 20 años, en una asquerosa sobreviviente. Pero venía decidido, y le importaba el tiempo: no el que pudiera perder o gastar aquella noche sino el anterior, el que había separado de esta nuestra entrevista del último verano".

En este solo párrafo, a mi parecer, se revela todo el acertijo. El escritor resuelve por fin el dilema de los personajes: Dice que Jorge Malabia esta vez es una aparición que veinte años después viene decidido a revivirlo todo. Confiesa su imposibilidad del entierro cuando reconoce que Rita es una "asquerosa sobreviviente". Confiesa finalmente que no es para él algo posible enterrar sus otros "yo", su pasado ni su historia.

El médico trae al muchacho para poder contarle el resto de la historia -esta parte es definitiva para que su conciencia descanse -; le revela que nunca fue él quien ideó la macabra idea del chivo (me refiero a la humillación y a la explotación de Rita). En esta parte de la historia, justifica su insensatez asegurando que hubo un personaje al cual imitar en el proyecto vil: Ambrosio. **5.** *(Ambrosio)*

6. *(Tito)*

Tito es un interlocutor real pero no ideal, cuando le rectificó la historia, sabía que le estaba hablando al protagonista de la hazaña, también sabía que era necesario aclararle todo. Porque, aunque fue Jorge quien la vivió, nadie se la había contado como era.

¿Final feliz?

Hay algo que definitivamente no entiendo: ¿como es posible que se haya decidido ponerle un final feliz y a la fuerza a toda esta historia?, con esto me refiero al último capítulo, en la carta final de Tito a Jorge diciéndole que si conoció a Ambrosio, es decir, quitándole al escritor la perturbación por haber creado una la aberración del Chivo.

Y como Tito es un personaje creíble, pues lo de Ambrosio termina siendo cierto. Contra eso no podemos hacer nada, así creamos en el fondo lo contrario, así tengamos la firme sospecha de que esa carta fue hecha por Jorge Malabia, falsificada, firmada por él mismo, él no ha dejado evidencias en el texto esta vez, las he buscado pero no las hay. Así que contra eso no podemos hacer nada: la historia no es nuestra.

Graficolor - Pasto